

Interpelación al siglo XXI desde el pensamiento crítico. Una lectura contemporánea del capitalismo desde *El capital* y otros textos

Humberto Márquez Covarrubias*

Resumen. En el capitalismo contemporáneo resurge la crítica de la economía política como un análisis global de la sociedad mercantil, el dinero y el capital, la acumulación y la crisis. El capital se ubica en la trama de las relaciones sociales, en el proceso de valorización. El plusvalor es una sustancia generada por el trabajo productivo en la esfera de la producción que será apropiada no por su creador, el poseedor de la fuerza de trabajo, sino por el capitalista, el poseedor del dinero invertido. El punto focal es el trabajo como actividad humana creadora de riqueza, expresada como un «enorme cúmulo de mercancías» y como forma dineraria expansiva. La gran contradicción subyacente es la apropiación del trabajo ajeno. A la postre, el trabajo humano es una mediación entre el ser humano y la naturaleza para producir los satisfactores que harán posible la reproducción social; sin embargo, bajo este metabolismo social, el despliegue tecnológico y la división del trabajo tienden a socavar las dos fuentes de la riqueza, tierra y trabajo. En *El capital* se articula un sólido marco categorial, articulado en términos lógicos e históricos, esbozado en obras precedentes, indispensable para analizar los problemas económicos que entraña el proceso de valorización y los diversos fenómenos asociados. En el marco político del siglo XXI, es crucial reconstruir el proyecto de la crítica de la economía política, una operación que significa una puesta al día del estudio del capitalismo signado por formas pretéritas y novedosas de valorización del capital.

Palabras clave: Marx, capital, trabajo, plusvalor, pensamiento crítico.

* Docente investigador de la Universidad Autónoma de Zacatecas, México.

Assessing the 20th Century from a critical perspective.

A modern reading of capitalism since *Capital* and other works

Abstract. The political economy critique of contemporary capitalism serves as a global analysis of commercial enterprises, money and capital, accumulation and crisis. Capital exists in the realm of social relations, in the process of valorization. Surplus value is something that is generated by productive labor in the production process that is appropriated not by its creator—they who possess the labor force—but rather by the capitalist, the owner of invested money. The key point is that labor as a human activity creates wealth, expressed as an «immense accumulation of goods» and growing cash reserves. The great underlying contradiction is the appropriation of the labor of others. In the end, human labor is an intermediary between the human being and nature in the production of the satisfiers of human needs which makes social reproduction possible; however, within this social metabolism, technological innovation and the division of labor tend to undermine the two sources of wealth: land and labor. In *Capital* a marked categorial distinction is drawn, elaborating in logical and historical terms, sketched out in preceding works, and indispensable in order to analyze the economic problems that result from the process of valorization and the various associated phenomena. The political context of the 21st Century is crucial to reconstruct the project of critical political economy, a task that involves updating the study of capitalism that is shaped by its previous forms and innovations in the valorization of capital.

Keywords: Marx, capital, labor, surplus value, critical thinking.

Remembranzas y regeneración del pensamiento crítico

Hace un siglo y medio, en 1867, con un tiraje de mil ejemplares, se publicó el primer volumen de *El capital. Crítica de la economía política*, la obra cumbre de Karl Marx (1818-1883), que a la postre modificaría la concepción sobre la moderna sociedad capitalista y se convertiría en uno de los libros más vendidos, leídos e influyentes de la historia. El proyecto intelectual de Marx contemplaba la escritura de seis libros sobre el capital, la propiedad de la tierra, el trabajo asalariado, el Estado, el comercio exterior y el mercado mundial. Sin embargo, una vida azarosa signada por los exilios políticos, la pobreza y las enfermedades limitó el proyecto a tres volúmenes y a la publicación en vida sólo del primero; los manuscritos del segundo y tercero fueron editados y publicados por Friedrich Engels (1820-1895). Después se publicarían los tres tomos de *Teorías sobre la plusvalía* en 1910, razón por lo cual la obra publicada, que no agotó el proyecto de investigación, se fue articulando con el paso del tiempo, en la misma medida en que los lectores y seguidores iban teniendo una lectura más acabada de la obra.

Pese a ello, *El capital* es una obra maestra que va más allá de su merecida conmemoración, puesto que constituye el principal referente del pensamiento crítico para desbrozar la moderna sociedad capitalista, desde su gestación hasta el presente, incluyendo la tentativa de su superación, en tanto producto del devenir histórico de la humanidad.¹

¹ Para la cultura occidental, el año de 2017 fue notablemente significativo por la convergencia de varias celebraciones de distinto signo. Hace 500 años, Martín Lutero clavó las 97 tesis que cuestionaban el poder y la eficiencia de las indulgencias y que serían el detonador de la reforma protestante; hace 150 años se publicó el primer tomo de *El capital* de Karl Marx que sería la crítica al sistema de categorías de la economía política clásica y la crítica más contundente al sistema capitalista, punto ineludible para el pensamiento crítico moderno; hace 100 años,

El trabajo de investigación de Karl Marx es elocuente e ilustrativo para el cultivo del pensamiento crítico. Como punto de partida, se fundamenta en la crítica del pensamiento dominante de su época, la economía política clásica inglesa de Adam Smith y David Ricardo; pero como Marx viene de la filosofía poshegeliana de izquierda, también acometerá la crítica de la filosofía clásica alemana o idealismo alemán de Georg W.F. Hegel, Friedrich W.J. Schelling y Johann G. Fichte, y la nueva filosofía alemana de Ludwig Feuerbach, Bruno Bauer y Max Stirner. Pero no sólo representa una ardua labor intelectual sino que tiene un cometido político, el de construir un pensamiento al servicio de la emancipación de los explotados, específicamente el proletariado, que encontrará las herramientas necesarias para entender la realidad y luchar por su transformación mediante la revolución que significa la abrogación del capitalismo y el tránsito al comunismo. En sus propias palabras: «El trabajo de que se trata, en primer lugar, es la *crítica de las categorías económicas* o, si lo prefieres, el sistema de la economía burguesa críticamente expuesto. Se trata, al mismo tiempo, de exponer el sistema criticándolo a través de la exposición» (Marx, 2014:764).

Por la vía emprendida por Marx, el pensamiento crítico cuestiona el pensamiento burgués dominante para construir otro sistema de categorías, a la postre un marco teórico articulado en términos lógicos e históricos que constituirá los cimientos de la *crítica de la economía política*, expresión que subtitula su obra principal. El marco categorial crítico plasmado en *El capital*, esbozado en obras precedentes, constituirá entonces un arsenal

al calor de las ideas marxistas, irrumpió la revolución de octubre que derrocaría al régimen zarista y la instauración del régimen bolchevique en Rusia; y en el ámbito literario se cumple el centenario del nacimiento de Juan Rulfo, autor de *Pedro Páramo*, una crítica del poder terrenal (el cacique) y eclesiástico (un poder caduco). Sin lugar a dudas, la remembranza cultural más importante es la de *El capital*, uno de los libros más vendidos y leídos.

indispensable para analizar la problemática económica que entraña el proceso de valorización del valor y los diversos fenómenos asociados. Además, servirá para organizar los trabajos empíricos de la ciencia económica desde un marco teórico crítico de largo aliento. Es comprensible, sin embargo, que el carácter inconcluso del ambicioso plan de investigación no tocara largamente los temas que estaban reservados para los siguientes libros y que además no abordara otros temas que serán objeto de atención posteriormente, como el Estado y la lucha de clases, que fueran esbozados en otros libros, o temas más recientes, como la ecología o el género.

Al respecto, se puede considerar aquel proyecto de investigación de largo aliento como un abanico temático en construcción, por lo cual para volver o recuperar la tarea de investigación de Marx, denominada crítica de la economía política, será necesario actualizarla y completarla para ponerla al día, en aras de hacer una segunda crítica de la economía política o una lectura contemporánea del capitalismo desde *El capital*. Ello significa hacer una lectura crítica de los textos de Marx y de reconstruir la crítica del pensamiento convencional dominante en nuestros días, actualmente representado por el neoliberalismo y el neoclasicismo, además de otras formas de pensamiento como el posmodernismo y sus secuelas.

No está por demás señalar que *El capital* tiene un gran contenido literario, que ha sido objeto de estudio por el despliegue de metáforas y referencias literarias. Desde una cierta mirada, no resultaría descabellado sugerir que *El capital* puede leerse como una obra maestra de la literatura, no porque sea obra de la invención, sino por el manejo audaz de metáforas y la composición de una estructura dotada de elementos irónicos que están al servicio de un cometido científico, la reflexión filosófica y la intencionalidad política. Además del sistema categorial crítico, el uso metafórico representa un recurso

crítico para hacer comprensible determinadas cuestiones de fondo que bu-llen el mundo social habitualmente mistificado y fetichizado, donde lo que aparenta no es precisamente el contenido de la realidad.

Empero, no es un texto o una obra sujeta a meras remembranzas o deificación, a la exégesis perpetua, sino una producción intelectual crítica y abierta a nuevos horizontes, interpretaciones y contrastes con una realidad en continuo movimiento y transformación.

Criticidad, la economía política en la mira

La realidad de la explotación del capitalismo es avizorada por Marx, en primera instancia, a partir de un ensayo iniciático del joven Engels, *Esbozo de una crítica de la economía política* de 1844, donde el autor refiere que

cuando Adam Smith, el Lutero económico, hizo la crítica de la economía anterior a él, las cosas habían cambiado ya mucho (...) La franqueza católica dejó el puesto a la hipocresía protestante. Adam Smith demostró que también la humanidad se hallaba en la esencia del comercio (...), pues el comercio, por su naturaleza misma, debía beneficiar en general a todos los que participaran en él (Engels, 2018:8).

Es decir, así como Lutero pasó de una concepción de la religión exterior a una concepción interiorizada en el hombre mismo, así la economía clásica pasa de la concepción de la riqueza en el mercantilismo como la acumulación de los metales preciosos o la concepción de los fisiócratas como la riqueza basada en la fertilidad de la tierra, en el trabajo agrícola, pasa a una

concepción de la riqueza que se basa en el trabajo en general, en el trabajo como tal, la fuente de la riqueza es el trabajo y por tanto es en el trabajo, en la subjetividad, donde debemos enfocar la especificidad de la riqueza moderna.² No sólo de la riqueza capitalista, aunque ésta aparezca priorizada por la economía política, sino de la riqueza en general.

El cometido de la crítica de la economía política es develar el fundamento, la determinación, de la sociedad capitalista para entender los procesos de producción y reproducción implícitos. O, como lo dijera Engels (1890): «Según el concepto materialista de la historia el momento determinante de la historia es en última instancia la producción y reproducción de la vida real. Más no hemos sostenido nunca ni Marx ni yo».

En el proyecto de crítica de la economía política resulta crucial la formulación del carácter dual, de la materia y del trabajo. La doble naturaleza del trabajo en tanto trabajo necesario y plus trabajo es una piedra angular de la comprensión marxista. Así lo expresa Marx en una misiva a Engels, el 24 de agosto de 1867, ya en imprenta el libro:

Los mejores puntos de mi libro son: 1. El *doble carácter del trabajo*, según que sea expresado en valor de uso o en valor de cambio (*toda la comprensión de los hechos depende de esto*, se subraya de inmediato en el primer capítulo). 2. El tratamiento de la plusvalía independientemente de sus formas particulares, beneficio, interés, renta del suelo, etcétera. Esto aparecerá especialmente en el segundo volumen. El tratamiento de las formas particulares por la economía clásica, que siempre las mezcla con la forma general, es un buen revoltijo.

² Pero aún en nuestros días, entre los sectores conservadores, prevalece la idea religiosa de que «la riqueza es un don de Dios».

De manera sintomática, se puede entender que esta perspectiva crítica es plenamente moderna en el sentido de que le confiere centralidad a la visión y a la actividad humana, y de manera específica al trabajo humano, sobre el entorno natural y espiritual, que otrora se consideraban los fundamentos de la sociedad. Por tanto, puede considerarse que es una concepción antropocéntrica, en tanto relega, suprime, a Dios como la entidad creada por el pensamiento humano que era asumida como la referencia omnímoda para la sociedad humana y que supuestamente normaba los actos y relaciones humanos con arreglo a la moralidad y dogmas teológicos. En lugar de ello se asume que el centro gravitacional de la sociedad humana es el trabajo porque es la actividad constitutiva, creadora de la riqueza concreta, de la sustancia cualitativa que sustenta la reproducción social, específicamente de la moderna sociedad capitalista.

Pero es el propio Marx quien, en el camino de la construcción y reconstrucción de la teoría del valor trabajo, reconoce que la economía política clásica, sobre todo la de Adam Smith (1776) y David Ricardo (1817), tiene el mérito de atribuir centralidad al trabajo.³ En sus lecturas e interpretaciones de los clásicos, publicadas luego como *Teorías de la plusvalía* en 1863 (1980), Marx revisa con detenimiento los argumentos clásicos con un método de trabajo crítico que le permite desmontar el argumento de los economistas burgueses, con objeto de entenderlos, asimilarlos y reconstruirlos, a fin de generar un aparato conceptual que sea útil para pensar,

³ El gran precursor de esta vertiente de análisis era el clásico Ricardo (1817), quien planteaba una distinción entre la riqueza (conjunto de valores de uso) y el valor de la riqueza. Consideraba que el mayor error de la economía política era omitirla, como sucede cuando no se diferencian los «factores productivos de riqueza» y los «factores productivos de valor»: todos los factores productivos contribuyen a producir la riqueza, pero sólo el trabajo crea el valor de la riqueza.

desmontar y reconstruir teóricamente la realidad social que está preñada por el proceso capitalista de acumulación, en tanto forma dominante y expansiva.

La economía política burguesa, anterior y posterior a Marx, asimila el trabajo al proceso de trabajo capitalista, por tanto contribuye a coagular el devenir histórico, ajeno a cualquier tentativa de transformación en pauta revolucionaria, en tanto extiende carta de naturalización al proceso de trabajo capitalista y a las relaciones de producción que le son consustanciales. Si bien se admite la historia precedente, se estipula que con el capitalismo se ha alcanzado la forma socioeconómica más acabada y no habrá más transformación social, ninguna sociedad poscapitalista, la historia ha llegado a su fin, como decretara un epígono del capitalismo (Fukuyama y otros más). Por ello, la economía política convencional se ocupa de identificar y difundir las leyes de producción y reproducción del capitalismo bajo el supuesto de que se trata de un sistema económico perpetuo, inalienable, indemne a cualquier tentativa revolucionaria. Con este principio epistemológico, se acepta como si fuese una fatalidad, y al mismo tiempo se encubre, la explotación de la fuerza de trabajo en tanto fundamento para la generación del plusvalor, sustancia social que posibilita la acumulación ampliada de capital y a escala global sienta las bases materiales para la expansión del sistema mundial capitalista. El capitalismo se asume como una segunda forma de naturaleza, una naturaleza humana que se da como dada, como un hecho constituido, inalterable, que por tanto estamos compelidos a aceptar y jugar conforme a sus reglas y procedimientos. Más aún, en su ciclo vital (dinero-mercancía-dinero), el valor que se valoriza se convierte en un «sujeto automático» (Marx, 1988:188), el valor como sujeto que se *autovaloriza*, que modifica su magnitud, al cambiar de forma incesantemente.

Frente a la economía vulgar, la crítica de la economía política, que se ensaya desde los *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844, pasando por los *Grundrisse* de 1857-1858 y culmina en *El capital* de 1867-1894, consiste en develar que el modo de producción capitalista y su forma de trabajo enajenado no es otra cosa que un producto histórico, y que como tal puede ser o, mejor dicho, debe ser transformado. Tal como se sintetizara en la famosa tesis XI sobre Feuerbach: «Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo» (Marx, 2006:59). Este es el cometido de la emancipación humana, hacer historia, superar el modo de producción capitalista en pos de construir una nueva sociedad sin clases sociales.

La criticidad es una capacidad crucial del pensamiento humano, que se materializa como pensamiento conceptual que tiene como cometido la emancipación humana. Desde esa consideración no toda crítica es pensamiento crítico: «La crítica de la religión desemboca en la doctrina de que el hombre es el ser supremo para el hombre y, por tanto, el imperativo categórico de acabar con todas las situaciones que hacen del hombre un ser envilecido, esclavizado, abandonado, despreciable» (Marx, 2014:60-61). Por lo mismo: «La única liberación (...) que es prácticamente posible se basa en el punto de vista *de* la teoría que proclama al hombre el ser supremo para el hombre» (Marx, 2014:75).

El propio pensamiento crítico amerita a su vez ser criticado, con dos propósitos complementarios: el primero, recuperar los conceptos, teorías y explicaciones, pero de manera mecánica si no, precisamente, crítica; y, segundo, ejercer la siempre necesaria autocrítica, con el propósito firme de enmendar errores, eludir dogmatismos y pensar con nuevas elaboraciones teóricas las novedades del mundo contemporáneo, las cuales, por

obvias razones, no habían sido abordadas o que quizá lo fueron de modo insuficiente o tentativo.

Cuestión de método: ¿determinismo económico o movimiento dialéctico?

Haciendo eco de un famoso pasaje clave del «Prólogo» a la *Contribución a la crítica de la economía política*, se ha fincado una interpretación esquemática entre estructura y superestructura para descifrar el desarrollo del capitalismo. En el texto se lee lo siguiente:

En la producción social de su existencia, los hombres establecen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su propia voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza un edificio [*überbau*] jurídico y político, y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina [*bedingen*] el proceso social, político e intelectual de la vida en general (Marx, 1986:4-5).

La lectura mecanicista de este pasaje ha derivado en el supuesto de que existe una determinación entre una estructura económica y una superestructura política. Por lo cual, la determinación de última instancia sería la economía. Dicho precepto ha suscitado, fijado, rígidas perspectivas deterministas y economicistas, que al sobredeterminar los términos

de la relación de forma unidireccional, pierden de vista el movimiento, los procesos y la complejidad de la realidad implícita en el desarrollo del capitalismo. Más aún, escapan a la comprensión diversos factores que no están sujetos a las relaciones de determinaciones y de algún modo configuran espacios o zonas grises de indeterminación.

Si bien el determinismo económico ha sido una nube gris de toda la economía política, que incluye a la crítica marxista, cabe advertir que en el caso de Marx esta acusación no es del todo acertada. En su momento, Engels se encargaría de aclarar el punto:

Según la concepción materialista de la historia, el factor que *en última instancia* determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el *único determinante*, convertirá *aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda*. *La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta —las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las constituciones que, después de ganada una batalla, redacta la clase triunfante, etcétera, las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo ulterior de éstas hasta convertirlas en un sistema de dogmas— ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su forma*. Es un juego mutuo de acciones y reacciones entre todos estos factores, en el que, a través de toda la muchedumbre infinita de casualidades (es decir, de cosas y acaecimientos cuya trabazón interna es tan remota o tan difícil de probar, que podemos considerarla como inexistente, no hacer caso de ella),

acaba siempre imponiéndose como necesidad el movimiento económico (Engels, 21 de septiembre de 1890).

De ello se puede deducir que la economía no es la primera sino la última instancia, mientras que la economía ortodoxa —neoclásica y neoliberal— sostiene que la economía es la primera, sino es que la única, instancia, pues el criterio total de la sociedad es la expansión del mercado, el crecimiento económico y la acumulación de ganancias; aunque también existe una vertiente marxista determinista que eleva la economía al pedestal de primera instancia, como el estalinismo, que proclamaba el crecimiento económico como objetivo primordial. Así pues, la tesis de la economía como última instancia no es precisamente un postulado del determinismo económico, sobre todo cuando se erige sobre la exigencia de la producción y reproducción de la vida humana en conjunción con el entorno planetario (Hinkelammert y Mora, 2008).

En ello no cabe una interpretación positivista o estructuralista, donde lo económico se aprecia como un sector que determina a los demás sectores y al conjunto de la sociedad, donde priva la racionalidad instrumental medio-fin y el éxito económico se evalúa en función de indicadores como el crecimiento, la ganancia, el consumo.

Sea como fuere, parece inevitable que exista polémica y tensión en torno al precepto de la economía como última instancia y el economicismo, pero mientras el primero se refiere a la producción y reproducción de la vida material, el segundo alude al criterio total de la maximización de las ganancias y la ampliación de la tasa de crecimiento. No obstante, Marx aborda la cuestión de un modo conclusivo, al exponerlo como una contradicción central entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción:

En un estudio determinado de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existente o —lo cual sólo constituye una expresión jurídica de lo mismo— con las relaciones de producción dentro de las cuales se había estado moviendo hasta ese momento. Esas relaciones se transforman de formas de desarrollo de las fuerzas productivas en ataduras de las mismas. Se inicia entonces una época de revolución social (Marx, 1986:5).

En aras de un desarrollo progresista del capitalismo, ciertas vertientes del marxismo se han obsesionado en promover el desarrollo de las fuerzas productivas en busca de encontrar, en algún momento, las condiciones objetivas donde haga eclosión la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, y se abra entonces el momento revolucionario. Circunstancia que o bien ha sido forzada y ha degenerado en proyectos estatistas o formas de modernización centradas en el determinismo económico de crecimiento económico bajo preceptos burocráticos, o bien han generado frustración ante la postergación del ansiado encontronazo. Pese a todo, se entiende que la noción de emancipación humana sigue vigente y que más valdría hacer una reinterpretación de este pasaje para eludir las pautas tecnocráticas, progresistas y mecanicistas.

En otro pasaje concluyente, Marx (1987:612-613) advirtió: «La producción capitalista (...) no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción sino socavando, al mismo tiempo, los dos manantiales de cada riqueza: *la tierra y el trabajador*». Con ello incubaba una contradicción entre acumulación de riqueza y acumulación de miseria, entre progreso y barbarie, lo que termina por minar la producción y reproducción de la vida humana, es decir, las condiciones de existencia de la sociedad

burguesa, pero también las de la humanidad y la naturaleza en general. Indudablemente, el ideal revolucionario de superar el capitalismo sigue siendo una necesidad histórica, una premisa vital para la reproducción de la humanidad, en condiciones donde no primen las relaciones de explotación, despojo, humillación y desprecio (Marx, 2014).

El movimiento general de la valorización del valor sigue una secuencia que eslabona la producción, la distribución y el consumo. En su despliegue no siguen relaciones unidireccionales o deterministas sino que se trata de momentos o procesos que se desdoblan de manera articulada y que pueden ser analizados desde una trama de composición dialéctica, que figurativamente puede seguir una trayectoria acumulativa, una suerte de circularidad renovada, ascendente, en espiral:

Esta filosofía dialéctica acaba con todas las ideas de una verdad absoluta y definitiva y de estados absolutos de la humanidad, congruentes con aquella. Ante esta filosofía no existe nada definitivo, absoluto, consagrado; en todo pone de relieve lo que tiene de percedero, y no deja en pie más que el proceso ininterrumpido del devenir y del perecer, un ascenso sin fin de lo inferior a lo superior, cuyo mero reflejo en el cerebro pensante es esta misma filosofía. Ciertamente tiene también un lado conservador, en cuanto que reconoce la legitimidad de determinadas fases sociales y de conocimiento, para su época y bajo sus circunstancias; pero nada más. El conservadurismo de este modo de concebir es relativo; su carácter revolucionario es absoluto, es lo único absoluto que deja en pie (Engels, 1886:3-4).

No se trata, sin embargo, de un movimiento unidireccional o unívoco, donde una causa determine siempre un efecto, sino que en el plano

desdoblado y acumulativo existen relaciones de codeterminación. De tal suerte que la producción produce el consumo en la medida en que produce las mercancías que habrán de consumirse; en tanto que el consumo a su vez alienta una producción derivada de que las mercancías o satisfactores lanzados al mercado han creado un efecto entre los consumidores que los incita u obliga a continuar consumiendo ese tipo de mercancías y por lo tanto se activa un nuevo ciclo de producción. En tal sentido se advierte que existe una determinación material de la producción sobre el consumo, pero a su vez hay una determinación de la necesidad de consumo sobre la producción. La mutua determinación activa los circuitos de producción-distribución-consumo donde cada uno determina a lo otro y en su desenvolvimiento persigue un movimiento dialéctico de «determinación determinada determinante».

Desde el punto de vista de Marx, cuando el sujeto enfrenta la mercancía la ve en el espejo del derecho, que se ubica en la esfera política, y como la mercancía está inmersa en el sistema de propiedad privada que se rige por el derecho, entonces la política está de hecho incrustada en la economía desde el principio. Entonces las relaciones mercantiles escapan al esquema dualista de estructura y superestructura y más bien son relaciones dinámicas. Hay una codeterminación entre lo político y lo económico.

El pensamiento dialéctico sugiere la presencia de múltiples determinaciones o aspectos de una realidad concreta sujeta a contradicciones. Va más allá del pensamiento metafísico, que define los problemas de manera aislada, sin establecer conexiones, como si fuera siempre valedera. Pero de ello no se colige que la realidad tiene un decurso predestinado, un destino manifiesto o una conclusión predeterminada.

Una cosa, una relación... ¿qué es el capital?

El capital suele ser representado por el pensamiento convencional y el sentido común como una cosa, sea ésta dinero, maquinaria, materia prima, instalaciones, entre otras. Sin embargo, es claro que Marx no cosifica al capital sino que lo ubica en la trama de las relaciones sociales: «El capital no es una *cosa*, sino una *relación social* entre personas mediada por cosas» (Marx, 2005:957). Más específicamente señala:

¡Capital, suelo, trabajo! Pero el capital no es una cosa, sino determinada relación social de producción perteneciente a determinada formación histórico-social y que se representa en una cosa y le confiere a ésta un carácter específicamente social. El capital no es la suma de los medios de producción materiales y producidos. El capital son los medios de producción transformados en capital (...) Son los medios de producción monopolizados por determinada parte de la sociedad, los productos y las condiciones de actividad de la fuerza de trabajo viva autonomizados precisamente frente a dicha fuerza de trabajo, que se personifica en el capital por obra de ese antagonismo (Marx, 1988:1037-1038).

Que las cosas y las personas entren en procesos de capitalización obedece a determinaciones históricas:

Un negro es un negro. Sólo bajo determinadas condiciones se convierte en *esclavo*. Una máquina de hilar algodón es una máquina de hilar algodón. Sólo bajo determinadas condiciones se convierte en *capital*. Desgajada de esas condiciones, la máquina dista tanto de ser capital como dista el *oro*, en sí y para sí,

de ser *dinero* y el azúcar de ser el *precio* del azúcar... El *capital* es una *relación social de producción*. Es una *relación histórica de producción* (Marx, 2005:957).

Con la producción de plusvalía relativa, Marx determina la emergencia del modo de producción específicamente capitalista, lo cual permite el despliegue de las relaciones de producción capitalista entre los agentes de la producción, en particular entre capitalistas y asalariados (Marx, 1985:472).

La producción por la producción —la producción como fin en sí misma— ya entra en escena por cierto con la *subsunción formal del trabajo en el capital*, no bien el fin inmediato de la producción llega a ser, en general, producir una *plusvalía lo más grande y lo más abundante posible*, no bien el valor de cambio del producto llega a ser el fin decisivo. Con todo, esta tendencia *inmanente* de la relación capitalista no se realiza de *manera adecuada* —y no se convierte en una *condición necesaria*, incluso desde el ángulo tecnológico— hasta tanto no se haya desarrollado el *modo de producción específicamente capitalista* y con él la *subsunción real del trabajo en el capital* (Marx, 1985:75).

La cadena de significados que Marx introduce para exponer la transformación del dinero en capital se desdobra en la fórmula Dinero-Mercancía-Dinero acrecentado (D-M-D'), donde el cometido es «comprar para vender» (Marx, 1988:189), y en este tráfago el dinero sujeto a esta circulación se convierte en capital. En contraposición a los planteamientos de la economía burguesa, el cometido no es producir valores de uso ni satisfacer las necesidades de los consumidores, sino que de lo que se trata es de valorizar el dinero adelantado, de recuperar el monto adelantado más un valor añadido, el plusvalor. En este trance, el valor aparece como el sujeto

del proceso, por lo que cambia continuamente de forma, como dinero y mercancía. El misterio del capital radica entonces en descubrir y explicar el origen de la plusvalía, que no se encuentra por cierto en el acto de compraventa, ni en la tasa de interés, ni en la abstinencia del capitalista. El hallazgo científico de Marx consiste en develar que la generación de la plusvalía ocurre en el proceso de producción capitalista y para que el valor se autovalorice se debe «comparar para vender más caro» (Marx, 1988:189). Pero así como el plusvalor se genera en el ámbito de la producción, el capital es valor en movimiento y sólo puede realizarse en la circulación, se activa incesantemente el cambio de la forma de valor: de dinero a mercancía, de mercancía a dinero más plusvalía. El valor de las mercancías está determinado por los tiempos de trabajo y mediante ese movimiento incesante (D-M-D') se genera la plusvalía.

Para que la transformación del dinero en capital sea posible se requiere la mediación del trabajo. El capitalista acude al mercado en pos de una mercancía especial, la fuerza de trabajo: «Por *fuerza de trabajo o capacidad de trabajo* entendemos el conjunto de las facultades físicas y mentales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva de un ser humano y que él pone en movimiento cuando produce valores de uso de cualquier índole» (Marx, 1988:203).

Tal como ocurre con cualquier mercancía, la fuerza de trabajo posee valor y valor de uso. Aunque la fuerza de trabajo tiene un valor de uso muy peculiar: el trabajo vivo, que es la fuente misma del valor. El uso de la mercancía fuerza de trabajo consiste en la creación de valor. En tanto que el valor de la fuerza de trabajo está determinado por el tiempo de trabajo necesario para su reproducción, según las condiciones históricas y sociales prevalecientes en un contexto determinado.

Marx no ubica el valor de la fuerza de trabajo a nivel de la subsistencia fisiológica. El valor de la fuerza de trabajo está determinado entonces por el valor de los medios de subsistencia necesarios para su conservación y reproducción. Pero dado un cierto nivel de productividad del trabajo, la fuerza de trabajo tiene la peculiaridad de que puede generar más valor que el encerrado en los medios de subsistencia necesarios para su manutención. Al trabajar, el obrero produce una mercancía, en la cual se conserva o reproduce el valor de los medios de producción consumidos y aparece un nuevo valor, un agregado, es decir, se crea nuevo valor. Una parte de este valor repone el valor de la fuerza de trabajo y otra parte conforma la plusvalía. El origen de la plusvalía es el trabajo realizado por encima del trabajo necesario para reproducir el valor de los medios de subsistencia, por lo que la plusvalía encarna trabajo no pagado, trabajo del que se apropia el capitalista. El dinero se ha convertido en capital, en valor que se autovaloriza. Entonces, no es una cosa la que produce una «renta», sino seres humanos que emplean energías vitales corporales, muscular, nerviosa cerebral, para generar las sustancias que imprimen vida al sistema económico, valor y plusvalor.

El capital concita además una necesaria relación de dominación. Al dominar las condiciones de producción en general que posibilitan las condiciones de existencia y las condiciones de trabajo en particular donde el trabajador puede emplear su capacidad de trabajo, el obrero está obligado a entregar más trabajo por menos trabajo. Esas condiciones posibilitan la forma social de capital. Al efecto: «La *relación de producción* misma genera una nueva relación de *hegemonía y subordinación* (que a su vez produce sus expresiones *políticas*, etcétera)» (Marx, 1985:62). El capitalismo finca una relación de dependencia económica sobre los trabajadores: «*Solamente*

en su condición de poseedor de las condiciones de trabajo es como, en este caso, el comprador hace que el vendedor caiga bajo su dependencia económica; no existe ninguna relación política, fijada socialmente, de hegemonía y subordinación» (1985:61). La trama económica de la dependencia sigue un curso recurrente, que comienza en la desposesión del productor de sus condiciones de producción, pasa por la obligación para el desposeído de vender su fuerza de trabajo al capitalista, continúa en la sujeción del trabajador en una relación de dependencia y se corona en la extracción del excedente.

Aún en nuestros días sigue siendo apremiante superar el fetichismo del capital como cosa, sea fábrica, banco, dinero, mercancía... Lo que importa es reconocerlo como relación social, un proceso de valorización del valor, sujeto a múltiples determinaciones, expresado en diversas formas y contradicciones.

La trama de la sociedad mercantil

En la moderna sociedad capitalista privan las mercancías... En la frase de apertura de *El capital* se expresa que: «La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un «enorme cúmulo de mercancías», y la mercancía individual como la forma elemental de esa riqueza» (Marx, 1988:43). En esa expresión comienza el despliegue para el estudio de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista y que conjunta el resto de actividades productivas.

El hecho es que para sobrevivir, la humanidad se encuentra inmersa, directa o indirectamente, en la producción, distribución y consumo de

mercancías, por lo que las relaciones de producción y reproducción están mediadas por el mercado. Esto supone claramente una sociedad mercantil fetichizada, donde las relaciones entre las personas aparecen como si fuesen relaciones entre las cosas. El capitalismo es mistificado y las formas de mercancía, dinero, capital, ganancia, renta, salario y Estado se encubren bajo el fetiche de la modernidad capitalista.

En su fuero interno, la sociedad capitalista está articulada por relaciones sociales que aparecen duplicadas debido al doble carácter de la mercancía: el valor de uso y el valor de cambio; sin embargo, la peculiaridad del capitalismo es que el segundo detenta una prioridad absoluta sobre el primero. Todas las sociedades humanas que han existido (esclavista, medieval, agraria) han producido valor de uso, pero no todas producen valor de cambio. En las sociedades que antecedieron al capitalismo se produce el valor de uso, pero como a Marx le interesa estudiar la especificidad del capitalismo, lo que hace diferente al capitalismo, toda vez que éste sólo se genera en esta sociedad mercantil plenamente desarrollada como la capitalista, no lo que tiene en común con las otras formas de sociedad, no analizó con detenimiento el valor de uso. En *El capital* desarrolla un análisis detallado del valor de cambio, para desentrañar lo que hace diferente al capitalismo de todas las otras.

La comprensión del tránsito del valor de uso al valor de cambio, y de la centralidad de este último, en el modo de producción capitalista es comprensible desde la óptica de la categoría de trabajo. En el capitalismo los trabajadores producen mercancías supeditadas al dominio del capital y su producto les resulta una cosa enajenada; en esa perspectiva para producir las mercancías no importa su trabajo, es decir, su trabajo concreto, la forma cómo utilizan las manos, su cuerpo y los saberes de que disponen, pues lo que en realidad

importa es que utilicen su capacidad de trabajo, que gasten músculo y cerebro, para crear valor, independientemente de cómo se haga. En aras de obtener ganancias, que devienen del plusvalor, al capital no le resulta secundario si lo que se produce son computadoras, automóviles, libros, armamento, medicinas o veladoras. Lo que produce la ganancia en el capital no es el trabajo en el sentido de lo que por sentido común entendemos por trabajo, el usar de las manos y el saber, sino que lo que el capital utiliza para sus propósitos es el trabajo abstracto, es decir, «*una gelatina de trabajo humano indiferenciado (...) trabajo equivalente a cualquier otro trabajo*» (Marx, 1988:77).

En *El capital*, Marx introduce la categoría de trabajo y eso le confiere un carácter crítico a la investigación, porque frente a la abstracción del capital es posible reconstruir en términos analíticos las sociedades precedentes cuando simplemente se trabajaba e importaba precisamente lo que se hacía, correspondiente a los modos de producción precapitalistas, como si fuese un estado de naturaleza. En una secuencia lógica Marx construye la categoría de trabajo abstracto sobre la de trabajo, acorde a las transformaciones de la trama del progreso social, el desarrollo de las fuerzas productivas y la complejidad de las relaciones sociales de producción. Pero de ello no se deduce un retorno práctico al pasado, al reino del valor de uso y el trabajo, no es posible regresar de manera generalizada, sin más, a la comunalidad ni a lo concreto, haciendo abstracción de la progresión social. Partiendo del grado de maduración del capitalismo, para salir del capitalismo, en efecto, se requiere superar la ley del valor, el trabajo abstracto, el valor de cambio y el fetichismo de la mercancía, pero a sabiendas de que se necesita apropiarse del trabajo potenciado, de las fuerzas productivas de la sociedad, además de recrear otra naturaleza, una naturaleza necesariamente artificial, donde el retorno a un mundo idílico, a un estado de naturaleza perdido, resulta improbable.

En momentos en que la cuestión ambiental es un tema crucial para entender la crisis general del capitalismo, Marx ha sido cuestionado por no abordar de manera amplia el estudio de la naturaleza y porque en su concepción del valor, la valorización y las relaciones de las mercancías en el capitalismo, no considera la aportación de lo natural. No obstante, la solución no es una vuelta a un conservadurismo de estilo hegeliano, a una especie de natural dado, eso es imposible; partiendo de la realidad y complejidad de la moderna sociedad capitalista, con sus avances y retrocesos, progreso y barbarie, en términos colectivos requerimos elaborar una nueva concepción de la naturaleza, una suerte de concepción artificial de la naturaleza, donde se contempla la reproducción de la vida humana en conjunción con ese entorno natural recreado permanentemente por la actividad humana.

En la teoría del valor trabajo se despliega la contradicción entre el valor de uso y el valor de cambio, lo cual imprime un carácter peculiar a la moderna sociedad capitalista. La duplicidad figura como un condicionamiento cruento, insustentable, inhumano, para la sociedad basada en la producción de mercancías. De manera recurrente, diversas fuerzas sociales y comunidades despliegan estrategias y prácticas que pretenden afrontar los mecanismos de valorización, la perversa contradicción del capitalismo, ya sea para sobrellevarla, resistirla o, incluso, trascenderla.

Para salir de esta forma de trabajo enajenada orientada por el trabajo abstracto y el valor de cambio se requiere volver al trabajo como actividad humana crítica, creativa y colectiva, recuperar la concreción del trabajo y reconstruir ámbitos de comunalidad.

En el horizonte de las alternativas al capitalismo radica la necesidad de abrogar la ley del valor, de erradicar el valor de cambio como criterio de sociabilidad general, para en su lugar desplegar a su contraparte, el valor

de uso, mediante una organización vinculada al trabajo no enajenado, el trabajo concreto, no el abstracto, o a la organización social en torno a lo común, lo comunal o el comunismo, y no ya en torno a las fuerzas abstractas del mercado y sus mecanismos de poder.

De tal suerte que el estudio del valor de uso, el trabajo concreto y lo comunal, aparecen en el capitalismo contemporáneo como fundamentos conceptuales, estratégicos y políticos para construir una alternativa plausible y necesaria al capitalismo fundado en el valor de cambio, el trabajo abstracto y el mercado.

El misterio del capital: el valor

El valor tiene una expresión material, tangible o intangible, plasmada en mercancías, que concita el empleo de energía humana, pero es, ante todo, una sustancia social creada por el trabajo humano...

La esencia del capital es un misterio, porque no se ve a simple vista y es una creación del trabajo humano sujeto a relaciones de explotación. Corresponde a la crítica develar la clave oculta, que para tal efecto es el valor. Tras el mundo de las apariencias subyace la esencia: no es el dinero sino el valor del dinero; no el medio de producción, el valor del medio de producción; no el salario, el valor del salario; no el producto, el valor del producto; no la mercancía, el valor. En el mecanismo invisible de la producción, los participantes parecieran ser inocentes, personificar un papel justo y equitativo, pero al final de cuentas pocos se enriquecen y muchos contribuyen a ello a costa de su empobrecimiento. Es un mundo donde la apariencia no es la realidad, pero engendra una idolatría, un falso dios hecho con la mano de los

hombres al cual se adora y se ofrecen sacrificios humanos, desde los indios y esclavos, hasta los proletarios y migrantes forzosos que han muerto por el dios capital. Es el fetichismo que sólo puede ser disuelto desde una crítica atea frente a la deidad del capital.

El valor es el eje gravitacional del proyecto de la crítica de la economía política, de la cual se deriva el plusvalor. El precio de las mercancías que inundan la sociedad moderna, incluido el de la fuerza de trabajo, tiene su explicación última no en la esfera de la circulación como supondría la economía convencional, sino en la esfera de la producción, específicamente por la cantidad de trabajo socialmente necesario.

El capitalismo se rige por una ley del valor, donde, invariablemente, la fuente creadora del valor es el trabajo, y no el simple paso del tiempo, como arguyen los neoclásicos, ni el uso de mercancías para producir más mercancías, como suponen los sraffianos y neofisiócratas. Asimismo, el plusvalor es creado por el plustrabajo, no por la productividad del capital monetario ni de las mercancías.

Retomando las formulaciones de Hegel, Marx elabora las determinaciones del capital, es decir, los componentes esenciales que describen el proceso de valorización, a partir de la producción. La fórmula general del capital es D-M-D'. Se trata, evidentemente, de la transformación del dinero en capital, la fórmula del dinero progresivo, del valor progresivo. El desdoblamiento de las determinaciones del capital sigue esta secuencia: el punto de partida es el dinero (D) que se convierte en medios de producción (MP) y salario (S), con los cuales se hace un producto (P). El producto es puesto en el mercado y es una mercancía (M) y la mercancía es vendida y se gana dinero con ganancia (D'). La ganancia se acumula y crece. El capital no es una mera circulación perpetua y cerrada, sino que es una circulación ascendente. La

espiral creciente permite que el dinero (D) que se convierte en mercancía cuando se vende es D1, en la próxima vuelta es más dinero D2 y en la próxima es más dinero D3 y así sucesivamente. En esta dinámica incesante y ascendente, subyace el hecho crucial de que el capital se convierte en lo no pagado al obrero, por lo que por una parte se acumula riqueza y por la otra se acumula miseria.

Tal como de manera cardinal lo expresara Marx (2004, cap. 1), la fórmula general del capital es: D-M (mmpp, ft) ...P... M'-D'. El ciclo del capital se despliega en tres fases:

a) El capitalista aparece en el mercado donde adelanta un capital (dinero) D para comprar mercancías (M) en forma de medios de producción (mmpp) y fuerza de trabajo (ft).

b) En el consumo productivo de las mercancías compradas las combina en el proceso de producción (...P...) y obtiene un producto mercantil de mayor valor que $M(M' > M)$.

c) El capitalista regresa al mercado como vendedor y al vender su producto se convierte en una cantidad de dinero superior al capital inicial ($D' > D$).

Bajo el supuesto del intercambio de equivalentes, donde el capital inicial (D) es igual a las mercancías adquiridas (M) (medios de producción y fuerza de trabajo) y el producto mercantil (M') es igual al dinero acrecentado (D'), y donde el valor de las cosas no aumenta por sí solo (ni cuando los medios de producción se integran en el producto y su valor en el valor de éste), entonces se observa que $M' > M$ y que el valor necesariamente se crea durante el proceso de trabajo, en la segunda fase «...P...»; pero como el valor de los medios de producción no varía, se mantiene igual, una parte del valor de los medios de producción se incorpora al producto final, pero se repone en el proceso de producción por el trabajo, en tanto que el valor

añadido difiere del valor de la fuerza de trabajo, porque la fuerza de trabajo crea un valor que repone su propio desgaste, pero además genera un valor adicional que no se le reintegra, por tanto la diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor añadido resulta en el incremento global del valor del capital, el plusvalor. Entonces el plusvalor acumulado deviene pluscapital y como el pluscapital constituye la «posibilidad real de nuevo plustrabajo, y de este modo el pluscapital mismo constituye la posibilidad de nuevo plustrabajo y nuevo pluscapital a la vez» (Marx, 2005:416), se organizan ciclos ascendentes de acumulación de capital, más allá de que encuentren límites estructurales, como la competencia, la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, la sobreproducción, la crisis, la desvalorización del capital, etcétera.

En esa inteligencia, se puede asumir que el hallazgo de la ley del valor, en tanto explicación de proceso de formación de valor en el capitalismo, representa la piedra angular del trabajo teórico crítico y el punto de partida para analizar los procesos históricos que lo configuran. Al estudiar la formación de valor se le confiere mayor importancia a su contenido social, más allá de las formas particulares, concretas, que adopte en determinados momentos. En tal caso, no modifica nada, por ejemplo, la aparición de bienes singulares, novedosos, como las impresoras 3D o de objetos que adoptan la forma de mercancía —incluso sin contener valor, como pueden ser las obras de arte—, que no alteran el hecho de que la reproducción social siga perdurando mediante la compraventa de mercancías, desde la cotidianidad más mundana, donde la compra de determinadas mercancías que fungan como ingredientes para preparar en casa los alimentos con diversos utensilios hasta la compra de mercancías en forma de servicios o dispositivos digitales para conectarse a las nuevas modalidades de comunicación.

La materialidad del mundo de las mercancías torna más variada y compleja la cultura y la vida cotidiana, aún cuando en esencia siguen supeditadas a la lógica de la valorización.

En el debate se presentan posturas diversas sobre si lo que comanda el proceso de acumulación en el capitalismo contemporáneo es una determinada forma de capital, sea el capital industrial maquinístico, sea el capital financiero internacional (incluyendo su forma de capital ficticio), sea el capital extractivo, sea el capital rentista, sea el capital criminal. O si lo que sigue prevaleciendo es la lógica inmanente de la valorización del valor, las relaciones sociales de explotación del trabajo para procrear valor acrecentado bajo la tutela de diversas modalidades y expresiones de capitales en espacios concretos y temporalidades específicas, formas que suelen yuxtaponerse, complementarse, pero también oponerse y competir entre sí.

La trama de la explotación: el plusvalor

El punto clave de la moderna sociedad capitalista es que el valor agregado por el trabajo es superior al valor de la propia fuerza de trabajo y en ese trance el trabajo crea valor nuevo, por lo que el plusproducto se debe al plustrabajo, y para que ello sea posible se requiere que el trabajo sea explotado por el capital. Una advertencia sigue siendo pertinente:

Todos los economistas incurren en la misma falta: en vez de considerar a la plusvalía puramente en cuanto tal, la consideran a través de las formas específicas de la ganancia y la renta de la tierra. Más adelante, en el capítulo III [nota: se refiere al libro III de *El capital*], donde se analiza la forma muy transfigurada

que la plusvalía adopta como ganancia, veremos a qué errores teóricos conduce necesariamente esa interpretación (Marx, 1980, I:33).

En lugar de reconocer la forma general, el análisis de la plusvalía que se concentra en la forma transfigurada, es decir, las formas específicas de ganancia y renta, termina por eludir la cuestión central del capitalismo, por lo que sirve a los propósitos de una ciencia positivista reducida a explorar casos empíricos, hechos particulares.

El plusvalor es una sustancia que adquiere determinadas formas de ganancia y renta y se distribuye desde la esfera del capital global, pero es generada por el trabajo productivo, el trabajo colectivo inmerso en el proceso de producción; y que será apropiado no por el poseedor de la fuerza de trabajo, sino por el propietario del dinero, será engendrado en una relación desigual y asimétrica. Sin embargo, la teoría económica convencional mistifica este proceso crucial al insertarlo en un esquema de pago a los factores de la producción —trabajo y capital—, y con la intención de justificarlo recurre a la falacia del trato entre iguales, donde el salario es el pago justo al trabajo y el plusvalor, travestido como ganancia, al capital. En la ecuación *equivalencial* de la visión ortodoxa, los factores de la producción se relacionan de manera igualitaria y justa, sin incurrir en contradicciones ni conflictos. No es extraño que esta visión desemboque, por tanto, en una ideología como el fin de la historia.

Como el fin inmediato y [el] *producto por excelencia* de la producción capitalista es la *plusvalía*, tenemos que solamente es *productivo aquel trabajo* —y sólo es un *trabajador productivo* aquel ejercitador de capacidad de trabajo— que directamente *produzca plusvalía*; por ende sólo aquel trabajo que sea

consumido directamente en el proceso de producción con vistas a la valoración del capital (Marx, 1985:77).

Desde la visión crítica, sin embargo, el desdoblamiento analítico del proceso creador de valor, desde la esfera de la producción, a partir del trabajo productivo, es revelador. El trabajo produce el valor del salario durante el tiempo considerado, para tal efecto, como socialmente necesario; es decir, trabaja un tiempo donde el propio trabajador genera la suma que se le pagará posteriormente como salario —una remuneración dedicada a la reproducción de la fuerza de trabajo—, pero seguirá trabajando durante un tiempo adicional, que tenderá a incrementarse proporcionalmente hasta constituirse en el mayor bloque temporal dentro de una jornada laboral. Se trata entonces de un plust tiempo durante el cual trabajará por supuesto más tiempo para hacer un plustrabajo y el fruto del trabajo durante ese tiempo añadido será el plusvalor.

El plusvalor es, pues, una sustancia creada por el trabajo productivo en la segunda fase del ciclo global del capital, cuando en el primer tramo el salario es pagado al trabajador y estará contemplado como parte del capital (el capital variable), pero la parte del plusvalor ya no será pagada al trabajador que lo creó y no formará parte del capital; es decir, no será reproducido por el trabajador para reemplazar el gasto de energía corporal (fuerza de trabajo) ni el desgaste de maquinaria, equipo, instalaciones y materia prima (medios de producción), por lo cual será creado desde la nada del capital. Entonces, el plusvalor no se «reproduce» como fuerza de trabajo o medio de producción, sino que se «crea» una masa de valor que se mide como una cuantía de dinero acrecentada frente a la suma inicial adelantada y que será, a la postre, apropiada por el capitalista. Este es el misterio del capital.

En el proceso de creación de plusvalor, Marx dice que en el tiempo de trabajo socialmente necesario el trabajo reproduce el valor del salario (re-produce), pero en el tiempo de plustrabajo crea valor de la nada (creación). Crear más allá del tiempo necesario un valor que no me pagan, es creación de valor desde la nada del capital.

La temporalidad de la reproducción y creación del valor es el proceso central del capitalismo que Marx descubre y se encarga de desmenuzar. En primer término, existe un tiempo necesario para reproducir el valor de la fuerza de trabajo, que toma la forma del valor del salario, es la cantidad de dinero, o su equivalente, que paga el capitalista al trabajador. En segundo término, existe un plust tiempo de trabajo, es decir, un plustrabajo, en ese tiempo se crea más valor, el plusvalor, es un trabajo no pagado.

El plusvalor es eso. La acumulación de plusvalor es la valorización del valor. El valor no es el banco, la empresa, el capitalista, el obrero, el salario ni nada, es el valor que transita de determinación en determinación. El análisis de la creación del plusvalor es una elaboración a la vez filosófica y económica que no es del todo comprensible desde los discursos planos de la economía o de la filosofía. Incluso reviste una complejidad analítica porque invoca un misterio, una metafísica, en tanto discurso filosófico que viene de Schelling.

Fuente creadora del valor

El punto focal del exhaustivo estudio de Marx es el trabajo como actividad humana creadora de riqueza, la cual se expresa, de entrada, como un «enorme cúmulo de mercancías» (Marx, 1988:43). El trabajo humano es una mediación entre el ser humano y la naturaleza para producir los

satisfactores que harán posible la reproducción social, una relación que se envuelve en un metabolismo social:

El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida (Marx, 1988:215).

Para horadar en la comprensión a fondo del trabajo, emprende un desdoblamiento analítico del trabajo humano, como trabajo vivo, considerado la fuente creadora del valor y que por tanto no tiene valor; y como fuerza de trabajo, que en cambio está provista de valor, pues asume la forma de una mercancía, que se paga mediante el salario: «El trabajador queda rebajado a mercancía, a la más miserable de todas las mercancías; (...) la miseria del obrero está en razón inversa de la potencia y magnitud de su producción» (Marx, 1840:39).

El carácter dual permite diferenciarlo en trabajo concreto, en tanto trabajo inmediato, directo, y en trabajo abstracto, como trabajo humano indiferenciado, mera inversión de energía humana medida por un tiempo de trabajo socialmente necesario. La medida del valor no proviene del trabajo concreto sino del trabajo abstracto; donde el valor de una mercancía deviene del tiempo de trabajo socialmente necesario.

Asimismo, también se analizará la función del trabajo en el proceso de valorización como trabajo productivo (creador de valor) y trabajo improductivo (no crea valor); trabajo manual y trabajo intelectual, y para el

trabajo científico, inventivo y tecnológico planteará las categorías de intelecto general (*general intellect*) en los *Grundrisse* y de trabajo potenciado (trabajo complejo creador de plusvalía extraordinaria) y trabajo general y trabajo colectivo en *El capital*.

El trabajo enajenado será una piedra angular del pensamiento crítico, en tanto que la enajenación se verifica en la relación del hombre, en tanto *ser genérico*, con su propia actividad, el trabajo; con el producto de su trabajo, considerado como mercancía; en la relación del hombre consigo mismo, y con los demás hombres. En tanto trabajo enajenado:

El trabajo es *externo* al trabajador, es decir, no pertenece a su ser; (...) en su trabajo, el trabajador no se afirma, sino que se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física y espiritual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu (...) En último término, para el trabajador se muestra la exterioridad del trabajo en que éste no es suyo, sino de otro, que no le pertenece; en que cuando está en él no se pertenece a sí mismo, sino a otro (Marx, 1840:42-43).

Expresado en términos dialécticos, la condición del trabajador experimenta un momento negativo y otro positivo. En primer término, el trabajador asume una figura iniciática como manifestación de pura negatividad («subjetividad sin sustancia», «sujeto sin objeto») en cuanto se presenta ante el propietario del dinero como un pobre absoluto, separado de las condiciones de existencia, sujeto a la dominación del capital que le impone los medios de trabajo como una cosa ajena; sin embargo, la corporalidad viviente del trabajador está dotada de energías vitales (musculares, cerebrales) que invertidas en el proceso productivo convierten esa negatividad

en el aspecto positivo por excelencia para el capital en la medida en que el trabajo vivo es la fuente creadora del valor.

No sólo se trata de un trabajo alienado, en tanto el producto y la forma de producirlo le son ajenos a su propiedad y a su voluntad, sino que el proceso de conversión de la fuerza de trabajo en valor, en plusvalor, a cambio de un salario mínimo para subsistir, se complementa con la enajenación del proceso de trabajo y del proceso global de reproducción social, pues el trabajador no sólo regala parte del tiempo de trabajo y de su producto sin saberlo, sin estar consciente del todo, pues asume que con el salario está más que recompensado, y además estará sometido a diversas dosis de opiáceos, es decir, formas de entretenimiento para tener confundido, atormentado —incluyendo el consumo real de drogas—, al trabajador, su familia y su entorno societal, con diversos dispositivos: televisión, telefonía, internet, incluso la propia política se convertirá en un espectáculo, donde en lugar de procurar estrategias de lucha para su emancipación, se reducirá a una votante y un espectador pasivo, un ciudadano conformista, que a lo sumo sigue los discursos y actuaciones de los políticos que lo dicen representar, a la distancia, dentro de las esferas del poder.

No obstante, el trabajador no sólo crea valor sino que además se produce así mismo: «La desvalorización del mundo humano crece en razón directa a la valorización del mundo de las cosas. El trabajo no sólo produce mercancías; se produce también a sí mismo y al obrero como *mercancía*, y justamente en la proporción en que produce mercancías en general» (Marx, 1968:106).

Una característica del capitalismo contemporáneo es que el trabajo se ha fragmentado y desdoblado porque se ha instaurado una economía global de trabajo barato mediante una división internacional del trabajo que

instala procesos intensivos en fuerza de trabajo en los países de bajo nivel de desarrollo.

Dialéctica del trabajo muerto y trabajo vivo

A diferencia de la economía burguesa, desde la economía política clásica hasta la neoclásica y neoliberal, que parte del ámbito del mercado y hace apología del capitalismo, la crítica de la economía política marxista y sus obras preparativas tiene como fundamento el ser humano, tanto como creador de valor como sujeto de la emancipación. En los *Manuscritos* del 44, Marx dice: «Pues, en primer término, el trabajo, la *actividad vital*, la *vida productiva misma* (...) es, sin embargo, la vida genérica. Es la vida que crea vida» (2013:142). Ya en la *Ideología alemana*, advertían:

Las premisas de que partimos no tienen nada de arbitrario, no son ninguna clase de dogmas, sino premisas reales, de los que sólo es posible abstraerse en la imaginación. Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida, tanto aquellas con que se han encontrado como las engendradas por su propia acción (...). La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes (Marx y Engels: 1987:19).⁴

⁴ «Podemos distinguir al hombre de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero el hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a *producir* sus medios de vida, paso éste que se halla condicionado por su organización corporal. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material» (Marx y Engels, 1987:19).

El análisis del carácter dual del trabajo es utilizado para explicar la distinción entre trabajo vivo y trabajo muerto, una contraposición central de la producción capitalista, y que servirá también para referirse a la necesidad de superar la sociedad basada en el imperio de los muertos y la pretensión de crear una nueva sociedad fundada en la vivencia de una vida plena y creativa. El capital dista de ser una entidad que por sí misma engendre valor, para ello precisa del trabajo, por lo cual el capital deviene trabajo acumulado. Así, el trabajo acumulado puede diferenciarse del trabajo *per se*, o sea, hay una distinción entre trabajo acumulado y trabajo vivo.

Sólo el dominio del trabajo acumulado, pretérito, materializado sobre el trabajo inmediato, vivo, convierte el trabajo acumulado en capital. El capital no consiste en que el trabajo acumulado sirva al trabajo vivo como medio para nueva producción. Consiste en que el trabajo vivo sirva al trabajo acumulado como medio para conservar y aumentar su valor de cambio.

Pero, ¿qué significa el crecimiento del capital productivo? Significa el crecimiento del poder del trabajo acumulado sobre el trabajo vivo. El aumento de la dominación de la burguesía sobre la clase obrera. Cuando el trabajo asalariado produce la riqueza extraña que le domina, la potencia enemiga suya, el capital, refluyen a él, emanados de éste, medios de trabajo, es decir, medios de vida, a condición de que se convierta de nuevo en parte integrante del capital, en palanca que le haga crecer de nuevo con ritmo acelerado (Marx, 1849:13-14).

La distinción entre trabajo acumulado, como trabajo muerto, y el trabajo vivo, cobra sentido y se afianza con la dominación del capitalista sobre el trabajador en tanto que aquel impone las condiciones de trabajo al trabajador:

La dominación del capitalista sobre el obrero es por consiguiente la de la cosa sobre el hombre, la del trabajo muerto sobre el trabajo vivo, la del producto sobre el productor, ya que en realidad las mercancías, que se convierten en medios de dominación sobre los obreros (pero sólo como medios de la dominación del *capital* mismo), no son sino meros resultados del proceso de producción, *los* productos del mismo (Marx, 1985:19).

La apropiación del trabajo vivo por el capital permite que la capacidad de producción del trabajador haga que los instrumentos y materiales del proceso de producción, elementos muertos del trabajo pretérito, cobren vida en la espiral ascendente del proceso de valorización. Entonces el trabajo vivo aparece como el medio indispensable que permite la realización del trabajo muerto, que le imprime objetividad, y que al ser trabajo acumulado pretérito el trabajo muerto es penetrado por el influjo de un alma animada, acto por el cual, sin embargo, el trabajo vivo pierde la consistencia de su propia alma. La dialéctica entre la vida y la muerte es expuesta en el proceso productivo para dar cuenta de la simbiosis entre trabajo vivo y trabajo muerto:

Una máquina que no presta servicios en el proceso de trabajo es inútil. Cae, además, bajo la fuerza destructiva del metabolismo natural. El hierro se oxida, la madera se pudre. El hilo que no se teje o no se devana, es algodón echado a perder. Corresponde al trabajo vivo apoderarse de esas cosas, despertarlas del mundo de los muertos, transformarlas de valores de uso potenciales en valores de uso efectivos y operantes. Lamidas por el fuego del trabajo, incorporadas a éste, animadas para que desempeñen en el proceso las funciones acordes con su concepto y su destino, esas cosas son consumidas, sin duda, pero con un objetivo, como elementos en la formación de nuevos valores de

uso, de nuevos productos que, en cuanto medios de subsistencia, son susceptibles de ingresar al consumo individual o, en calidad de medios de producción, a un nuevo proceso de trabajo (Marx, 1988:222).

«Pero el capital no *vive* sólo del trabajo. Este amo, a la par distinguido y bárbaro, arrastra consigo a la tumba los cadáveres de sus esclavos, hecatombes enteras de obreros que sucumben en las crisis» (Marx, 1849:26). Debido a la compulsiva necesidad de acumulación, el capital puede succionar literalmente la vida de los trabajadores hasta su muerte:

La producción capitalista, que en esencia es producción de plusvalor, absorción de plustrabajo, produce por tanto, con la prolongación de la jornada laboral, no sólo la *atrofia* de la fuerza de trabajo humana, a la que despoja —en lo moral y en lo físico— de sus condiciones normales de desarrollo y actividad. *Produce el agotamiento y muerte prematuros de la fuerza de trabajo misma*. Prolonga, durante un lapso dado, el *tiempo de producción* del obrero, reduciéndole la *duración de su vida* (Marx, 1988:320).

La diferenciación analítica entre el trabajo vivo y el trabajo muerto incorporado al capital —trabajo acumulado— es ilustrativa para descifrar la producción de plusvalía, la cual se basa en el trabajo vivo aplicado al trabajo muerto bajo determinadas condiciones fijadas por la duración de la jornada de trabajo. Este asunto reviste una importancia política decisiva. La duración de la jornada laboral, es decir, la lucha por los límites legales se torna una cuestión política crucial como barrera protectora de los trabajadores:

Para «protegerse» contra la serpiente de sus tormentos, los obreros tienen que confederar sus cabezas e imponer *como clase* una ley estatal, una *barrera social* infranqueable que les impida a ellos mismos venderse junto a su descendencia, *por medio de un contrato libre con el capital*, para la muerte y la esclavitud (Marx, 1988:364).

«El capital es trabajo muerto que sólo se reanima, a la manera de un vampiro, al chupar trabajo vivo, y que vive tanto cuanto más trabajo vivo chupa» (Marx, 1988:280). El proceso de capitalización en Estados Unidos habría requerido de la «sangre de los niños recién ayer capitalizada» (Marx, 2005:945), enlazado a «la *necesidad del robo de niños y de la esclavitud infantil* para transformar la industria manufacturera en fabril y para *establecer la debida proporción entre el capital y la fuerza de trabajo*» (Marx, 2005:947), como parte de la práctica esclavización de niños de orfanato, que serían explotados al máximo en Inglaterra, lo cual podría acabar en la muerte o el suicidio. Desde entonces se instituía «la *costumbre* de conseguir *aprendices*», según un reporte de la época.

Ante el espejismo de los «derechos humanos inalienables» que se exaltan en la sociedad burguesa bajo la especie de la igualdad ante la ley, se impone una verdadera «carta magna», el contrato laboral, que determina la jornada laboral, el bloque de tiempo que vende el obrero al capitalista y de ello se deduce el tiempo que le pertenece a sí mismo: «El obrero no es *ningún agente libre*, y que el tiempo de que disponía *libremente* para vender su fuerza de trabajo es el tiempo por el cual está *obligado* a venderla; que en realidad su vampiro no se desprende de él «mientras quede por explotar un músculo, un tendón, una gota de sangre» (Marx, 1988:364).

Las armas de la crítica: leer, entender y transformar

El capital es una obra compleja y profunda que amerita una, varias, lecturas reposadas, con un ojo en el texto y otro en el contexto para alcanzar un entendimiento sobre los fundamentos del capitalismo y de la realidad contemporánea. El carácter inconcluso y el peculiar estilo de escritura, sobre todo el alto nivel de abstracción teórica, admitámoslo, tornan complicada la lectura detallada, que requiere dedicarle una gran cantidad de tiempo para leerla y, sobre todo, para entenderla. Además, si lo vinculamos con otros escritos del propio Marx, encontraremos diversas conexiones con ideas, conceptos y argumentos, pero también bosquejos, nociones y elaboraciones inconclusas, que en conjunto enriquecen la problematización y análisis del modo de producción capitalista.

Como «arma de la crítica», *El capital* es un libro de complejidad analítica, con pasajes densos, abstractos e intrincados, que puede ser de difícil recepción y comprensión, sobre todo para el público lector a quien está dirigido primordialmente, los trabajadores, es decir, los explotados por el capital que eventualmente asumirían la tarea de revolucionar el sistema, puesto que la gran masa de trabajadores han padecido la exclusión del sistema educativo y en consecuencia pueden carecer de la preparación suficiente para estudiar textos de esta envergadura y profundidad analítica. Aunque también conlleva algunas dificultades a los lectores doctos que suelen interpretar de diversas formas los textos y son dados a entablar controversias entre ellos, al punto en que pueden contrariarse o contradecirse mutuamente, y si fuera el caso pueden hasta llegar a denegarse entre sí la afiliación al marxismo. Peor aún, no es extraño que muchos que se dicen marxistas no hayan leído los tres tomos de *El capital* ni mucho menos los

demás libros que engloban los estudios previos de la crítica de la economía política. Además, es habitual que muchos lectores diletantes abandonen los textos por rehuir el estudio de una obra compleja, abstracta e intrincada. Incluso, quienes atribuyen a esta obra la paternidad de regímenes políticos como el soviético, incluso lo llegan a igualar con el totalitarismo, y luego suponen que el derrumbe de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) y su área geopolítica de influencia significa, mecánicamente, la negación del análisis marxista y de la noche a la mañana, quienes desertan de esa formación crítica, se convierten a la ideología contraria, al punto en que pueden tornarse en apologistas del capitalismo. De hecho, son muchos los marxistas renegados que le dan la espalda al pensamiento crítico y en su defecto nutren las filas del posmodernismo, el pensamiento pesimista, débil y fragmentado. Otros tantos emprenden el giro hacia los estudios culturales que abjuran de la crítica de la economía política, en desapego al supuesto economicismo y determinismo que irradiaría al marxismo.

A diferencia del *Manifiesto Comunista*, escrito en mancuerna con Engels en 1848, un material político para incitar a la unidad de los trabajadores en las revoluciones europeas, *El capital* tiene objetivos científicos y críticos que aspiran a la comprensión cabal, realista y detallada del funcionamiento del modo de producción capitalista. Este cometido reclama, por supuesto, un método de investigación y un método de exposición muy rigurosos, pues entre otros propósitos tiene el de leer y comentar críticamente el sistema de categorías que erige a la economía política clásica, representada principalmente por Adam Smith y David Ricardo, y de manera concomitante elaborar un sistema de categorías propia para entender el funcionamiento y contradicciones del capitalismo. La pretensión era nada menos que desvelar y desnudar las formas de explotación del proletariado por la burguesía.

La simplificación y divulgación de la obra de Marx en manuales de diversa factura, a menudo editados por los regímenes políticos estatalistas burocratizados, o, peor aún, su encriptación como un producto canónico y dogmático, cultivado por exegetas que citan largamente los pasajes como testimonio incontrovertible de una verdad imperecedera, termina por estrangular la capacidad de investigación y la curiosidad de los jóvenes estudiantes y activistas que eventualmente formarían las nuevas generaciones de pensadores y políticos críticos. Con objeto de hacer accesible el texto, se han generado diversas lecturas e interpretaciones que intentan resumir y divulgar *El capital*. Este esfuerzo, sin embargo, ha derivado en formas de codificación que convierten el texto en una suerte de catecismo provocando el efecto contrario de la investigación científica y la crítica de la realidad capitalista hasta banalizar sus contenidos, mecanizar su método o simplificar sus hallazgos.

Como otros grandes pensadores y científicos, la obra de Marx contiene elementos sujetos al contexto histórico en que fueron escritos y otros tantos que no guardan suficiente coherencia. Pero su contenido no se queda ahí, pues no se trata de una obra empírica que analiza un periodo histórico o de una obra de especulación filosófica sin ataduras a la realidad social más importante. Al contrario de una mirada dogmática, la obra de Marx puede entenderse como un ambicioso proyecto en construcción que pretende explicar, develar, desmitificar, fenómenos sociales cuya forma y contenido son inciertos, impredecibles y, a menudo, incuantificable. En estas condiciones, aunado a la naturaleza de la ciencia social, se torna fallido cualquier intento de crear una doctrina y, mucho menos, de elevarla al rango de ciencia.

Marxismos generacionales

A más de siglo y medio de la publicación de *El capital*, resulta plausible leer y estudiar con mucha atención la amplia obra marxista que abarca escritos económicos, políticos y filosóficos de largo aliento. En ese cometido, agotada la tarea primordial de leer el libro directamente sin prejuicios y sin intermediarios, no estaría demás recuperar las varias interpretaciones esclarecedoras de estudiosos serios de la obra, así como enmendar los desvaríos a los que ha estado sujeta por diversos análisis orientados al adoctrinamiento o la deificación.

Empero, no deja de ser sintomático que, entre los adherentes al marxismo, el propio Marx sea, de cierto modo, más desconocido que otras figuras, sobre todo los grandes líderes revolucionarios, como Lenin, Trosky, Mao y Che Guevara. Esto porque no se ha leído lo suficiente la obra marxista o se hace de manera incompleta o se lee a través de sus intérpretes o de los manuales de divulgación; en tanto que los líderes políticos revolucionarios adquieren gran presencia entre las masas y los sectores militantes. De hecho, una corriente central dentro de las filas del marxismo esta conformada por los proyectos sociales que se institucionalizaron en Estados que promovieron una visión ideológica del marxismo que articulaba a Marx, Lenin y Stalin mediante manuales de divulgación que entronizaban una ideología estatista, cuya propaganda desdeñaba y conjuraba al marxismo crítico. Esta última vertiente fue sofocada por los proyectos de Estado totalitarios, pero no por ello puede suponerse que todas las expresiones del marxismo, incluyendo la propia obra de Marx, se identifican o subsumen a los designios estatistas ideocráticos.

De ahí la necesidad de hacer una lectura global del autor, no con objeto de reverenciarlo sino de adquirir una herramienta inapreciable para pensar

la realidad y entender los grandes problemas. Leer a Marx en nuestros días no es tanto con el propósito de adquirir la insignia de marxista ni de adherirse a un canon, sino para entender la realidad capitalista a profundidad mediante el uso crítico de elementos epistemológicos, ontológicos, teóricos y políticos.

Los fundadores del llamado socialismo científico, Marx y Engels, y luego llamados clásicos, Lenin, Luxemburgo, Kautsky, entre otros, se centraron en la crítica de la economía política, sobre todo enfatizaron el estudio de la cuestión económica, aunque también la dimensión política.

La investigación y el pensamiento crítico de Marx se tornó en una formulación doctrinaria que serviría a los intereses de los partidos socialdemócratas de la época. Karl Kautsky fue quien sintetizó por vez primera las ideas que consideraba relevantes de *El capital* y otros textos y dicha interpretación se convertiría en hegemónica, la visión ortodoxa, de la II Internacional (1889-1914); lo cual se repetiría en la III Internacional (1919-1943) y el régimen de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS). Si bien la ortodoxia se inspira en determinados textos de Marx, acabó por denegar el potencial crítico y la originalidad del marxismo hasta convertirlo en un pensamiento mecánico o una religión de Estado. Autores posteriores a Marx, incluso el propio Engels, que pretendían formular ideas más accesibles y didácticas para los trabajadores en general y comunistas en particular, le adjudicaron a Marx términos y argumentos espurios o controversiales, como el materialismo histórico o el materialismo dialéctico. Desde los años veinte del siglo pasado, el llamado «marxismo occidental» da un golpe de timón

cuando fue más allá de cuestiones de método para considerar problemas de sustancia, se concentró casi totalmente en el estudio de las *superestructuras*.

Además, los órdenes superestructurales específicos por los que mostró un interés mayor y más constante fueron los más alejados de la base material, de la base económica (...). En otras palabras, no fueron el Estado o el Derecho los que le proporcionaron los objetos típicos de su investigación. Lo que concentró el foco de su atención fue la cultura. // Y sobre todo, dentro del ámbito de la cultura, fue el arte el que absorbió las principales energías y dotes del marxismo occidental (Anderson, 1991:94-95).

Como se colige de la obra de autores como Lukács, Adorno, Horkheimer, Benjamin, Goldmann, Lefebvre, Della Volpe, Marcuse, Gramsci, Sartre y Althusser, quienes se ocupan de asuntos literarios, estéticos o marcadamente superestructurales. A la postre, este giro epistemológico desvió la atención de estos autores y sus discípulos, y en conjunto significó tanto como la suplantación de la crítica de la economía política por los estudios culturales, que más tarde derivaran en el posmodernismo desbordado y sus secuelas (Jameson, 2002). Pese a la variedad y extrañeza de los textos publicados por aquellos autores, comparten un rasgo en común, el pesimismo, expresado, por ejemplo, en la frase gramsciana: «Pesimismo del intelecto, optimismo de la voluntad» o en la caracterización del ángel de la historia de Benjamin, quien sólo ve ruina y destrucción en el pasado que llamamos «progreso». Es decir, se pasa de un optimismo antropológico del materialismo histórico basado en la idea de que se tenía una correcta concepción de la historia al pesimismo antropológico.

En concordancia, los estudios marxistas experimentaron una especie de migración desde el continente europeo hacia el mundo anglosajón; en la misma sintonía los intelectuales marxistas trastocan su papel público, si hasta los años veinte eran reconocidos por ejercer la función de estudiosos

y a la vez dirigentes políticos, con posterioridad separarían el trabajo intelectual del movimiento obrero organizado. Por añadidura, la gestión estatal del desarrollo se orientaría hacia el Estado benefactor o desarrollista como parte de un pacto entre capital y trabajo con la tentativa de aminorar el influjo del proyecto socialista entre la clase trabajadora, llamada a ser el sujeto histórico de la transformación social (Anderson, 1991).

Pero fue en la posguerra, y sobre todo después de la caída del muro de Berlín en 1989, que simbolizaría el colapso del bloque soviético, cuando muchos de los marxistas que aún persistían se desmoralizaron y terminaron por renegar de su formación marxista y se convirtieron al pensamiento conservador y el pensamiento débil en sus diversas vertientes, como el posmodernismo, el neoliberalismo y los estudios culturales. Pocos profesores y estudiantes querían estudiar *El capital*, pues erradamente atribuían a Marx las atrocidades cometidas en el llamado «socialismo real» y la caída del bloque soviético. En el ambiente académico e intelectual persistía una atmósfera que justificaba posturas escépticas, donde fácilmente se podía asumir que: «*El Capital* no tenía demasiada aplicación directa a la vida diaria. Describía el capitalismo en su versión cruda, inalterada y bárbara típica del siglo XIX. [Pero] La situación hoy en día es radicalmente distinta. El texto está lleno de ideas referentes a cómo explicar nuestra situación actual» (Harvey, 2003:19).

El marxismo latinoamericano ha procurado imprimir cierta dosis de originalidad, desde el abordaje de la condición indiana, colonial, latinoamericana, periférica, subdesarrollada y dependiente. Diversos autores como Mariátegui, Marini, Dos Santos, Dussel, Sánchez Vázquez, Echeverría, Bartra, entre otros, han estudiado la realidad capitalista de la región y propuesto conceptos, análisis y perspectivas políticas. No obstante, el pensamiento crítico ha sido opacado por el fuerte influjo del pensamiento

convencional representado por el neoliberalismo, el posmodernismo y sus afluentes. Se ha perdido la brújula y la investigación científica, el trabajo académico y el quehacer político deambulan entre formas de pensamiento importadas, adocenadas, fragmentarias, descontextualizadas y ahistóricas.

Novedad y relectura de *El capital*

El capital es un libro inacabado, polémico e imprescindible, porque se refiere a una realidad en permanente transformación, pero sienta las bases para su cabal comprensión, entonces leerlo significa, al mismo tiempo, debatir; pero no puede emitirse mejor consejo que leerlo directamente, sin intermediarios.

Más que nunca, leer a Marx, *El capital* y sus demás obras, significa recurrir a una fuente primordial del pensamiento crítico que contribuye, cuando menos, a formular las preguntas pertinentes y a elaborar las respuestas adecuadas.

Por supuesto que se trata de una obra no acabada, por lo que inevitablemente puede y debe ser enriquecida, complementada, con una cauda de análisis económicos, políticos y culturales que articulen las cuestiones materiales y económicas para una mejor comprensión del capitalismo contemporáneo y las potencialidades de superación de ese modo de producción basado en la explotación.

Mal haríamos en suponer que *El capital* es un mero análisis empírico del capitalismo inglés del siglo XIX, como pretenden algunos biógrafos y analistas que constriñen a su autor a ser un hombre de su tiempo, pero tampoco se trata de un texto de conclusiones o un manual de política sino que es algo más complejo en términos epistemológicos, ontológicos y teóricos en la

medida que representa un abordaje de las categorías fundamentales para el quehacer científico y político de quienes están comprometidos en entender la realidad y transformarla. Entonces habría que admitir que es un trabajo inconcluso, tanto porque la obra misma publicada por Marx apenas representa una mínima parte del que fuera su ambicioso proyecto de investigación, como por el hecho de que fue realizada durante un momento inicial del despliegue del capitalismo, que por obvias razones se fue expandiendo en el planeta y desarrollando sus potencialidades por senderos que no podrían ser anticipados por autor alguno. No obstante, desde la perspectiva del pensamiento crítico, se trata de un ambicioso y necesario proyecto de investigación en ciernes que tendrá que ser continuado, recuperado críticamente y desplegado en toda su potencialidad. A no dudarlo, se trata de un proyecto más que vigente, que cobra actualidad y pertinencia, cuando menos en tanto que exista y perdure el modo de producción capitalista. Por lo pronto, podemos considerar que Marx aportó los fundamentos categoriales para investigar la lógica económica del capitalismo, a lo cual se pueden agregar otras dimensiones de análisis, como la política, el Estado, el comercio mundial, los cuales fueran advertidos en su proyecto de investigación y otros más que la propia realidad va imponiendo.

La crisis del capitalismo global, una crisis de talante civilizatorio, desinfló el triunfalismo capitalista, cristalizado en el consenso neoliberal, el posmodernismo desbocado y el hedonismo de la sociedad que creía entrar al consumismo sin límites, a la égida del conocimiento, al espectáculo perpetuo, a la frivolidad cotidiana.

Súbitamente, *El capital* vuelve a estar en las estanterías y se convierte en uno de los libros más vendidos, leídos e influyentes para entender tanto lo que sucedía en el siglo XIX, pero también, y, sobre todo, para dotarnos de

herramientas necesarias para descifrar y entender a profundidad los avatares del capitalismo del siglo XXI. Muchas de las llaves maestras o de las categorías clave para la interpretación de las reestructuraciones de las corporaciones empresariales que implican despidos de miles de trabajadores, la crisis económica y sus efectos civilizatorios, los entresijos del capital ficticio y la propagación de diferentes tipos de capital rentista, los métodos de violencia y despojo, la superexplotación de trabajadores de los países periféricos, el expansivo proceso de proletarización, parecerían remontarnos a problemas de otras épocas, a formas anacrónicas, pero con los renovados bríos y las ínfulas prepotentes del capitalismo, que asume como premisa reinventarse cada vez más, modificar incesantemente su fisonomía, pero no cambiar de fondo, sin encontrar un nombre aunado a un orden civilizatorio homogéneo, consensual, estable, perdurable y legítimo.

No es que tenga capacidad de prestidigitación o predicción, pero *El capital* contiene elementos clave para explicar el funcionamiento profundo de un sistema que en efecto ha cambiado mucho y se ha expandido a escala planetaria, pero que, paradójicamente, ha cambiado poco en términos sustanciales, porque permanecen inalterables los principios básicos que hacen posible el despliegue de la lógica de valorización. En esa medida, sigue siendo vigente para comprender y transformar el mundo en que vivimos.

Sin embargo, incurrir en la apología desmesurada, como podría derivarse de la afirmación de Lenin: «La doctrina de Marx es todopoderosa porque es exacta» (1970:24), puede llevar a deificaciones innecesarias. O suponer que ahí se encontrarán de una vez y para siempre las contraseñas para abrir todos los dispositivos y mecanismos de comprensión del mundo complejo y contradictorio. En todo caso, es una herramienta indispensable, necesaria, realista, científica, crítica, para el análisis social y para la práctica

política. Además, es una concepción del mundo basada en el abordaje crítico de una tradición política y de investigación que nos permite observar determinados aspectos de la compleja totalidad social del capitalismo, en sus contradicciones y tendencias.

En nuestros días, se renueva la necesidad de ejercitar el pensamiento crítico frente al capitalismo depredador envuelto en una crisis civilizatoria que pone en predicamento la reproducción de la vida humana y del entorno planetario, y con ello cuestionar a fondo el pensamiento dominante que sustenta el sistema de poder, dominación y explotación. Asimismo, sería necesario poner al día, actualizar el trabajo crítico sobre el sistema de categorías del pensamiento burgués dominante, representado por la economía neoclásica y el pensamiento neoliberal, que están en la base del modelo económico político vigente en el sistema mundial capitalista y que orienta los mecanismos de poder del capital y el Estado.

Actualidad de la crítica de la economía política

En tanto programa de investigación de largo aliento, la crítica de la economía política es un análisis del modo de producción capitalista que avanza hacia una crítica global de la sociedad moderna. Necesariamente es un proyecto inacabado, inconcluso, no sólo si consideramos que muchos temas contemplados en el proyecto original no pudieron ser abordados en vida del autor, sino también por el hecho inevitable de que la realidad social se transforma y la temática se vuelve compleja.

Para una actualización de la crítica de la economía política se requiere emprender la crítica del sistema de categorías de la economía política

dominante en la actualidad y de las formas de pensamiento adherentes que permean las ciencias, las teorías y las academias; la crítica del modo de producción capitalista, la configuración del capital global y sus patrones de acumulación, y la crítica de las formas de pensamiento y prácticas políticas que justifican el predominio de la sociedad mercantil, el trabajo abstracto y la valorización del valor bajo el manto del fetichismo de la mercancía, el dinero, el salario, la ganancia, la renta y el Estado.

En vías de orientar la investigación científica crítica del capitalismo contemporáneo, se pueden tomar en cuenta algunos de los siguientes lineamientos: *a)* desde la perspectiva del pensamiento crítico se emprende una recuperación, crítica y actualización de las teorías y conceptos del marxismo y teorías afines con miras a su renovación y aplicación a la comprensión de la realidad actual; *b)* el análisis de la realidad social se emprende desde la complejidad de los grandes problemas del capitalismo contemporáneo desde un enfoque epistemológico crítico y un abordaje de la problemática desde un mirador histórico, crítico, contextual y propositivo; *c)* se hace una crítica del modo de producción capitalista, el sistema de poder, la configuración del Estado, las redes de capital global y las políticas de desarrollo implementados, que pueden ser identificados en torno al llamado modelo neoliberal, pero que en realidad devienen del capitalismo; *d)* el debate crítico con las formas de pensamiento dominante que exaltan el individualismo, la rentabilidad a ultranza, el despojo y la explotación; y *e)* en esa inteligencia, se concibe que la investigación científica asume un compromiso social en aras de promover cambios económico-políticos sustanciales.

Obviamente, Marx era un hombre de su época, pero también era un visionario producto de su acuciosa investigación que logró desentrañar las relaciones centrales del capitalismo y su posible desarrollo, muchos de

cuyas apreciaciones cobran enorme vigencia en el presente y son herramientas válidas para la investigación, pero tampoco puede esperarse, ni por asomo, que haya dicho todo y que sus hallazgos sean suficientes para explicar el presente. Entre algunos grandes temas que Marx por diversas razones no consideró en el centro de su investigación, y que en nuestros días son muy relevantes, están las cuestiones del Estado, la tecnológica, la ecológica y la feminista.

En el caso de la cuestión ambiental, autores como Elmar Altvater y Bellamy Foster han planteado que Marx asume una temprana inclinación ecologista, pero no podemos eludir que Marx y Engels asumieron las tesis productivistas que campeaban en la economía política clásica, que conferirían un carácter progresista a las tecnologías y acarrearban con los prejuicios de la cultura patriarcal. Esto no quiere decir que sea imposible actualizar los parámetros tecnológicos, ecologistas y feministas desde una perspectiva marxista, es más, es apremiante hacerlo con el acompañamiento de autores más modernos que pudiendo inspirarse en Marx realizan su trabajo de formas diferentes.

Inevitablemente, hay una serie de temas que ya no son actuales, que pueden por tanto situarse en un determinado estadio de desarrollo del capitalismo o que son derivados de polémicas y hechos de época, pero que dan muestra del influjo permanente de la realidad y su interpretación en el cauce profundo de una investigación crítica con simiente económica, filosófica, política y antropológica.

En la discusión contemporánea sobre la crítica de la economía política salta a la palestra el asunto de si el capitalismo ha cambiado de forma y de fundamento, incluso que se ha tornado transhistórico («fin de la historia») o, en contraste, reconocer que si bien ha cambiado mucho, en esencia sigue

siendo el mismo, en la medida en que se funda todavía en la valorización del valor, en el trabajo abstracto, en la explotación del trabajo.

Premisas epistemológicas

Una de las premisas epistemológicas ha sido que el grado más avanzado de desarrollo muestra el devenir de los sectores más rezagados. Bajo esa lógica el desarrollo de las economías subdesarrolladas tienen como imagen a las economías desarrolladas, sin embargo, bajo su influjo se han implementado políticas de industrialización, tecnificación, mercantilización y privatización, entre otras, que imitan los modelos más avanzados con la tentativa de modernizarse y alcanzar el desarrollo, pero lo que ha resultado es el «desarrollo del subdesarrollo», toda vez que en la trama del capital global entraña un desarrollo desigual, una división internacional del trabajo y procesos diferenciados de formación de valor a escala mundial.

De igual forma, la premisa de que la centralidad explica a las periferias. De lo cual se puede derivar la idea de que el modo de producción capitalista desarrollado en el centro del sistema mundial puede condicionar y ser condicionado al mismo tiempo por las periferias, las regiones subdesarrolladas o dependientes: «En general, la esclavitud disfrazada de los asalariados en Europa exigía, a modo de pedestal, la esclavitud *sans phrase* [desembozada] en el Mundo Nuevo» (Marx, 2005:949).

Por otra parte, el progresismo capitalista supone un devenir emancipador de las tecnociencias, el desarrollo de las fuerzas productivas concita una ilusión prometeica, un intelectual colectivo, un trabajo general o un trabajo potenciado que habrá de liberar a la humanidad del suplicio del trabajo e implantar el reino de la libertad. Este progreso histórico significará el

derrocamiento inexorable de la ley del valor. No obstante, el capital global permite, hoy por hoy, la coexistencia de avances inusitados en las fuerzas productivas técnicas que posibilitarían la satisfacción de las necesidades del conjunto de la humanidad y la liberación paulatina del trabajo forzado, del trabajo enajenado, pero en cambio persisten formas anacrónicas de explotación, incluso de superexplotación, no ya como un mecanismo para contrarrestar la caída tendencia de la tasa de ganancia, sino como un dispositivo normalizado de explotación y acumulación en formas articuladas de formación del valor a escala global.

Problemas teóricos

Diversos asuntos del capitalismo contemporáneo reclaman nuevos abordajes teóricos que requieren, a su vez, una mayor problematización para alcanzar un entendimiento cabal del capitalismo en su complejidad y desarrollo. Por ejemplo, que las cuestiones económicas centradas en el proceso de valorización encubran otras cuestiones torales de la esfera social, como la lucha de clases o las cuestiones ambientales, como el colapso ecológico, por lo que se amerita *deseconomizar* las cuestiones ambientales y sociales, entre otras, para volver complejo su análisis.

Asimismo, el tráfico de la explotación es expansivo y reconfigura el mundo del trabajo. La explotación de manera evidente supedita a trabajadores concretos, específicos, como de manera canónica se puede establecer con los asalariados en actividades fabriles, donde se arraiga la figura prototípica del proletariado, no obstante, el capital colectivo diseminado en múltiples esferas económicas y ámbitos territoriales explota al conjunto del trabajo social y sus diversas expresiones, más allá de su manifestación

asalariada, como es el caso del trabajo campesino, el trabajo doméstico y diversas capas del trabajo informal no asalariado. La diversidad y multiplicidad del trabajo abstracto, cualitativo, se expande y el mundo del trabajo se transforma constantemente.

A su vez, se pueden identificar formas de superexplotación, en tanto remuneración de la fuerza de trabajo por debajo de su valor, más allá de la forma contratencial del capital para atenuar la caída de la tasa de ganancia, hasta convertirse no en una excepción o anomalía sistémica, sino en un rasgo estructural del capitalismo, sobre todo del capitalismo periférico, donde se usa como mecanismo para afrontar la competencia merced a la menor composición orgánica de capital prevaleciente. Más aún, la superexplotación se multiplica y trasciende las fronteras de las economías subdesarrolladas, de manera directa mediante la migración de trabajadores que se insertan en el mercado laboral de los países desarrollados preservando su condición de fuerza laboral desvalorizada y consolidando segmentos del mercado laboral superexplotados. Esa estratagema es adoptada por los Estados desarrollados para pulverizar la red de protección social o la modalidad benefactora, para expandir la desvalorización de la fuerza de trabajo y establecerlo como norma general que precariza drásticamente el salario, prestaciones y derechos sociales. No se trata tanto de un problema de graduación en la explotación, un mero grado superlativo de explotación que atentan contra la supervivencia fisiológica de los trabajadores, sino de un problema global de explotación, que no sólo es un asunto económico, sino también un profundo problema moral.

La violencia es el sello distintivo del capitalismo, desde su gestación, desarrollo y, eventualmente, su disolución. Pero no sólo existe violencia física, descarnada, es decir, coacción extraeconómica, sino que de manera

estructural o profunda, todos los días, de manera cotidiana, persiste una violencia directa sobre la multiplicidad de trabajadores que son explotados, directa o indirectamente, que son sometidos al abarcador régimen de explotación.

Límites ontológicos: el capital o la vida

Suele argüirse que Marx está alejado de la cuestión ecológica y que es un autor antropocéntrico, no obstante la problemática ambiental puede ser abordada desde el ámbito de la competencia capitalista. La exigencia económica es producir con menos valor y bajar los precios para afrontar la competencia. Para ello se tiene que mejorar la tecnología, pero como la competencia es permanente, las mejoras tendrán que implementarse compulsivamente, en el corto plazo. El capital que no dispone de una mejor tecnología no tiene cómo resistir la competencia y perecerá.

El criterio de selección de la tecnología es aquel que permite bajar el valor del producto a corto plazo. Por ello, bajo el modelo fosilizado de producción se quema compulsivamente petróleo, un bien no renovable, que tiene muchas posibilidades para muchos siglos de la humanidad. Dado que la exigencia es disponer de tecnología competitiva, aquí y ahora, poco importa que sea antiecológica. De hecho, la tecnología capitalista es de suyo destructora de la ecología y de la vida en la Tierra. Para determinados ambientalistas, la tecnología es el problema, piensan a la manera de los luditas que en su tiempo destruyeron maquinaria y quemaron fábricas porque pensaban que esos objetos eran los que les quitaban el trabajo. No obstante, la tecnología no es la que destruye de por sí el ambiente ni destruye los trabajos, sino que en el fondo irradia el criterio toral de subsunción de la

tecnología en el proceso de trabajo lo que explica de un modo más certero la crisis socioambiental. Bajo la lógica de valorización del valor, el criterio que se impone no es el uso de la tecnología como soporte de la reproducción de la vida humana en conjunción con la naturaleza en un horizonte que articule el presente y el futuro. Así, pues, la cuestión ecológica no se reduce al problema de la tecnología sino que remite al criterio de selección de la tecnología, es decir, al capital y su búsqueda de aumentar la tasa de ganancia, como se precisa en *El capital* sobre el plusvalor relativo. El ecologismo sin vínculos teóricos con la crítica de la economía política se torna una denuncia ingenua cuando al proclamarse en contra de la tecnología y en nombre de la naturaleza pasan por alto el capital, que rige la vida social.

Los límites ontológicos del capitalismo se sitúan en los linderos del metabolismo sociedad-naturaleza que permite la reproducción social tanto de la naturaleza como de la propia humanidad mediada por el trabajo, es decir, la reproducción socioambiental se supedita a la lógica de la valorización y el trabajo humano y la naturaleza se consideran meros insumos productivos, fuentes de la riqueza, por lo que su destrucción es la pauta. La valorización del valor funciona como un sujeto autónomo que sintetiza la trama de la reproducción social de la sociedad y la reproducción social de la naturaleza. Acontece en una espiral que no reconoce límites ni fronteras, que se expande continuamente, generando una forma progresiva de acumulación y arrojando un saldo de destrucción irreversible. La modernidad capitalista se funda en la trama del dinero progresivo, el régimen del trabajo abstracto, el poder estatizado y el circuito mercantil como mecanismo de sociabilidad. Se trata de un modo fetichista, abarcador, omnisciente, que no obstante tiene la peculiaridad de vulnerar sus propias bases al desencadenar la degradación social y la devastación ambiental. La crisis civilizatoria de la modernidad capitalista

no sólo se refiere a la crisis de valorización (sobreproducción, consumismo, superexplotación, especulación, depresión) sino también a la destrucción de la materialidad capitalista que la sustenta, al devorar su propio entorno, social, ambiental y cultural. Las respuestas parciales, acotadas, reduccionistas son del todo insuficientes para superar el tráfigo de autodestrucción y regresión social, porque el poder del gran capital (el gran dinero), no tiene contrincante y se puede recomponer y capitalizar las crisis, pero los cambios sociales de gran calado carecen de un sujeto colectivo y de una cosmovisión económico-política compartida.

Política: hacer historia

Que el motor de la historia es la lucha de clases ha sido la premisa de los programas revolucionarios, que reconocen que la burguesía cumplió un papel revolucionario al instaurar el capitalismo, pero que su contraparte, el proletariado estaría llamado a asumirlo, para superar el capitalismo. No obstante, los programas políticos se entremezclan entre el progresismo, el reformismo, el neoliberalismo, la reforma, el socialismo y el comunismo.

El cometido de la emancipación humana significa la revolución, la transformación social sustantiva. El marxismo ha imaginado la emancipación humana como la liberalización de las cadenas de la explotación, la opresión, la dominación y la humillación. La emancipación sería la formación de una sociedad de hombres libres, una sociedad no capitalista, una sociedad sin clases sociales, una sociedad futura. Se supone que el capitalismo entraña el germen de su propia destrucción y que el proletariado es la clase social que tomará en sus manos la tarea histórica de derrumbar el despotismo de la sociedad burguesa e implantará un nuevo régimen, la

dictadura del proletariado. La emancipación también puede, y debe ser, una tarea del presente.

La división de lucha de clases entre formas abstractas y concretas es una separación y confrontación artificiosa o falsa, porque es impuesta por la ideología y la realidad burguesa para separar y dividir al conjunto de los trabajadores y sus organizaciones y fuerzas sociales y políticas. De esta forma, se logra separar y contraponer, por una parte, la lucha entre las clases sociales de la burguesía y el proletariado como expresión de la contradicción entre capital y trabajo, y las luchas más concretas de campesino o comuneros en defensa del territorio, las luchas identitarias de grupos feministas, indígenas y grupos culturales, las luchas ecologistas, las luchas ciudadanas. Hay niveles y ámbitos diversos de luchas que se refieren, por ejemplo, a la destrucción de lo social, entre los individuos y las masas amorfas, ambas son formas de destrucción de la sociedad comunitaria. Pero todas son expresiones de las luchas de clases dentro del capitalismo, inmersas en la materialidad de producción y reproducción social capitalista. La escala y alcance político de las luchas van desde vivir dentro de lo invivable con dignidad y crítica hasta buscar una vía anticapitalista progresiva y revolucionaria. Por ejemplo, las luchas obreras históricamente han comenzado por mejorar las condiciones de trabajo, sea las luchas obreras centradas en la disminución de la jornada de trabajo, a ocho horas en épocas de Marx y la abrogación del trabajo infantil o la reivindicación de mejores salarios, luchas ambas que se refieren a mejores condiciones de inserción en la trama de valorización, pero también ascienden a luchas políticas en contra del sistema de dominación para crear otro orden social, luchas que pueden enmarcar a frentes sociales multclasistas con afanes transformadores.

La capacidad de autoorganización es inmensa por parte de clases, grupos y comunidades. El marxismo es elemento necesario de la destrucción de la idea falsa del capitalismo. En la estructura del capitalismo global aparentemente no hay tiempo de los hombres, valores de uso, categorías y pensamiento crítico, no hay historia, porque prevalece el tiempo del capital, el valor de cambio, el pensamiento único, pero sí lo hay. El nuevo tiempo es el paso hacia la historia, hacia lo comunitario, hacia el valor de uso, hacia el mismo cambio de las estructuras.

El capital o la vida

En el análisis de Marx aparecen dos grandes categorías: trabajo vivo y fuerza de trabajo. El trabajo vivo se refiere al tiempo que usa el obrero para producir valor, el tiempo de trabajo es el tiempo que se agota en la jornada de trabajo; por ello el tiempo de trabajo tiene valor, pero el trabajo vivo es el sujeto mismo del trabajo, no tiene valor porque es la fuente de valor. Esa es la ética de Marx, el trabajo vivo es infinito no se puede parar, porque es el creador. En cambio, la fuerza de trabajo es la que se puede reproducir comiendo, durmiendo para que al día siguiente puede tener fuerza y eso tiene valor. El sujeto vivo no tiene valor, porque es la fuente de valor.

Lo fundamental es el ser vivo, la vida en común de la humanidad; no el mercado y sus mercancías, precios y utilidades. En la reproducción de la vida humana, la corporalidad viviente, sensible, socializada, tiene necesidad de consumir energía y materia, en términos biológicos, fisiológicos, psíquicos y culturales tiene que reponer esos elementos, para sobrevivir y reproducir su ser social, sino perece.

En la reproducción del capital, que sigue ciclos de crecimiento y ensanchamiento de mercados, subyace una metafísica de la vida y la muerte: el ser humano es el trabajo vivo y el capital es trabajo muerto. Entre la disyuntiva de la vida y la muerte, en el umbral de la más precaria sobrevivencia se encuentra el proletariado, el pobre, los seres humanos que viven en el límite de la subsistencia, en las proximidades de la muerte, con formas de vida sobre las cuales se ciernen todas las calamidades: hambre, enfermedad, hacinamiento, explotación, violencia, despojo, muerte.

Trabajar para sobrevivir es el signo de la pobreza. La vida diaria consiste en preservar la vida, cubrir las necesidades básicas. Desde el punto de vista del sistema de reproducción de la vida humana, la necesidad significa no disponer de un satisfactor para reproducir la vida propia y los dependientes económicos, sean familiares o conjuntos familiares en comunidad. Como es comprensible, la primera necesidad humana es la alimentación, la reproducción de la energía corporal, acompañada del vestido y la vivienda, para cubrirse de las inclemencias del tiempo (Engels). Pero a estas necesidades radicales, enraizadas en la vida mínima, la vida desnuda, la mera reproducción fisiológica y familiar (alimentación, salud, vivienda, vestido, transporte) se suman las necesidades culturales, que se imponen en cada pueblo, comunidad o nación (educación, esparcimiento, arte), las cuales son cada vez más complejas y exigentes (comunicaciones digitales). Claro está que, desde el punto de vista del capitalismo, las necesidades radicales de los trabajadores no existen, sólo las exigencias del capital, las que impone la lógica de acumulación. En el fondo, la necesidad alude a una negación y el satisfactor que al consumirlo reproduce la vida. Pero un aspecto socioeconómico importante es que el satisfactor no es valor de uso inmediatamente. Por naturaleza y sin ser viviente, no hay valor de uso. La propiedad física del satisfactor no es lo

mismo que el valor de uso. El valor de uso es una relación entre la propiedad física de una cosa y la necesidad que sólo entonces la transforma en un satisfactor. El valor de uso alude a las propiedades reproductoras, es un medio para la vida. En tanto, el valor de cambio sólo existe en aquello que el ser humano produce, que puso tiempo de su vida en la cosa. Valor de cambio significa objetivación del trabajo humano indiferenciado.

En un sentido lato, el valor como tal es la objetivación de vida humana en la cosa producida mediante el trabajo. Desde la metáfora de la sangre, donde sangre es vida, el valor de cambio es sangre coagulada y la circulación de valor en el capital es tanto como la circulación de sangre. Por extensión, si la sangre es la vida y el cuerpo es el ser humano que no puede separarse de la sangre porque si no muere inevitablemente. El capital es como el vampiro que chupa la sangre del obrero: «El capital es trabajo muerto que sólo se reanima, a la manera de un vampiro, al chupar trabajo vivo, y que vive tanto más cuanto más trabajo vivo chupa» (Marx, 1988:279-280).

Aquí se abre una disyuntiva de calado civilizatorio entre las exigencias del capital o las exigencias de la vida, entre abonar a la reproducción de la acumulación de capital y sus signos vitales: crecimiento económico, inversión productiva, trabajo enajenado, o abogar por la reproducción humana digna en conjunción el entorno planetario mediada por relaciones sociales sin explotación y sin división de clases.

Referencias

Anderson, Perry (1991), *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, México, Siglo XXI.

- Barabas, Alicia (2014), «Multiculturalismo, pluralismo cultural y interculturalidad en el contexto de América Latina: la presencia de los pueblos originarios», *Configurações* (14).
- Bárcena, Alicia y Antonio Prado (eds.) (2015), *Neoestructuralismo y corrientes heterodoxas en América Latina y el Caribe a inicios del siglo XXI*, Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Engels, Friedrich (1883), «Discurso ante la tumba de Marx», en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/83-tumba.htm>
- _____ (1886), «Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana», en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/feuer/1.htm>
- _____ (2014), *Anti-Dühring. La revolución de la ciencia por el señor Eugen Dühring*, Madrid, Fundación Federico Engels.
- _____ (21 de septiembre de 1890), *Carta a Joseph Bloch. En Königsberg*, en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/e21-9-90.htm>
- Harvey, David (2003), *Espacios de esperanza*, Madrid, Akal.
- Jameson, Fredric (2002), *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1998*, Buenos Aires, Manantial.
- Lenin, Vladimir I. (1970), *Fuentes y partes integrantes del marxismo*, México, Grijalbo.
- Marx, Karl (1851), *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/bruml.htm>
- _____ (1968), *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza.
- _____ (1980), *Teorías sobre la plusvalía I*, México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1982), *Progreso técnico y desarrollo capitalista (manuscritos 1861-1863)*, México, Pasado y Presente.
- _____ (1983), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858 (volumen 2)*, México, Siglo XXI.

- _____ (1985), *El capital. Libro I-Capítulo VI (inédito)*, México, Siglo XXI.
- _____ (1986), *Contribución a la crítica de la economía política*, México, Siglo XXI.
- _____ (1988), *El capital. El proceso global de producción del capital* (tomo I, volumen I), México, Siglo XXI.
- _____ (1988), *El capital. El proceso global de la producción capitalista* (tomo III, volumen 8), México, Siglo XXI.
- _____ (2000), *Trabajo asalariado y capital*, en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/49-trab2.htm>
- _____ (2004), *El capital. Crítica de la economía política* (tomo II, volumen 4), México, Siglo XXI.
- _____ (2005), *El capital. Crítica de la economía política* (tomo I, volumen 3), México, Siglo XXI.
- _____ (2005), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858* (volumen I), México, Siglo XXI.
- _____ (2005), *La tecnología del capital. Subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo al proceso de valorización (extracto de Manuscrito 1861-1863)*, México, Ítaca.
- _____ (2006), «Tesis sobre Feuerbach», en Federico Engels y Carlos Marx, *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana (y otros escritos sobre Feuerbach)*, Madrid, Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels.
- _____ (2013), *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza.
- _____ (2014), *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Valencia, Pre-Textos.
- _____ (2014), «Marx a Lasalle en Düsseldorf. Apéndice. Cartas sobre el Tomo I de *El capital*», en Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, México, Fondo de Cultura Económica.

Marx, Karl y Friedrich Engels (1848), *Manifiesto del Partido Comunista*, en <https://webs.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/47mpc/il.htm>

——— (1987), *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuberbach, B. Bauber y Stirner y del socialismo aleman en sus diferentes profetas*, México, Grijalbo.

Negri, Antonio (2006), *Fábricas del sujeto/ontología de la subversión*, Madrid, Akal.

Ricardo, David (1959), *Principios de economía política y tributación*, México, Fondo de Cultura Económica.

Smith, Adam (2017), *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México, Fondo de Cultura Económica.

Sotelo, Adrián (2015), *El precariado ¿nueva clase social?*, México, Miguel Ángel Porrúa.